Español

Libro de lectura

Tercer grado

Español
Libro de lectura

Tercer grado

Español. Libro de lectura. Tercer grado fue coordinado y editado por la Subsecretaría de Educación Básica de la Secretaría de Educación Pública.

Secretario de Educación Pública
Aurelio Nuño Mayer

Subsecretario de Educación Básica
Javier Treviño Cantú

Dirección General de Materiales Educativos

Comité de selección de libros de lectura
Departamento de Investigaciones Educativas (DIE) del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (Cinvestav), Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Escuela Mexicana de Escritores, Dirección General de Educación Indígena (DGEI), Dirección General de Desarrollo Curricular (DGDC) y Dirección General de Materiales e Informática Educativa (DGMIE)

Apoyo técnico
Elizabet Silva Castillo, Anayte Pérez Jiménez, Itzel Vargas Moreno

Dirección editorial
Patricia Gómez Rivera

Coordinación editorial
Mario Aburto Castellanos

Cuidado editorial
Alejandro Rodríguez Vázquez

Lectura ortotipográfica
Dora Márquez González

Producción editorial
Martín Aguilar Gallegos

Formación
Karina Huerta Mendoza

Portada
Diseño: Ediciones Acapulco
Ilustración: *La Patria*, Jorge González Camarena, 1962
Óleo sobre tela, 120 x 160 cm
Colección: Conaliteg
Fotografía: Enrique Bostelmann

Servicios editoriales
Efrén Calleja Macedo

Dirección de arte
Benito López Martínez

Coordinación editorial
Mary Carmen Reyes López

Asistencia editorial
María Magdalena Alpizar Díaz, Rubí Fernández Nava

Coordinación de ilustración
Fabricio Vanden Broeck

Diseño gráfico
María Soledad Arellano Carrasco

Captura de textos
Selma Isabel Jaber de Lima, Yvonne Cartín Cid

Ilustración de índice
Rosi Aragón Okamura

Primera edición, 2014
Segunda reimpresión, 2016 (ciclo escolar 2016-2017)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2014
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-514-803-8

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la Secretaría de Educación Pública (SEP) emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Agradecimientos
Agradecemos al Comité del Libro que participó en la preselección de las lecturas.

La Secretaría de Educación Pública (SEP) extiende un especial agradecimiento a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la revisión de la primera edición 2014.

La Patria (1962),
Jorge González Camarena.

Esta obra ilustró la portada de los primeros libros de texto. Hoy la reproducimos aquí para mostrarte lo que entonces era una aspiración: que los libros de texto estuvieran entre los legados que la Patria deja a sus hijos.

Promover la formación de lectores desde los primeros años de la Educación Básica es interés fundamental de la Secretaría de Educación Pública, para ello se busca que los estudiantes tengan acceso, comprendan lo que leen y se interesen por la lectura. Esto implica generar diversas estrategias, por ejemplo: poner al alcance de los estudiantes materiales que constituyan un reto para su desarrollo lector; trabajar en las aulas para que con sus maestros apliquen estrategias de lectura y puedan comprender los textos; finalmente, promover el uso de materiales impresos que faciliten la integración de los estudiantes a la cultura escrita.

Dichas estrategias se concretan en acciones que, a partir del ciclo escolar 2014-2015, se han puesto en marcha: la renovación curricular y de materiales para aprender a leer y escribir, iniciando con primero y segundo grados; la renovación del material de lectura de los seis grados, el cual se ha definido a partir de una selección efectuada por parte de especialistas en lectura infantil, el análisis de las mismas por parte de un comité de expertos que valoraron e hicieron ajustes para que los textos fueran interesantes, literariamente valiosos, mantuvieran un lenguaje adecuado a cada grado, didácticamente fueran útiles para desarrollar estrategias de lectura y constituyan un desafío para los estudiantes.

Deseamos que los libros de lectura, uno por cada grado de Educación Primaria, sean un material que aprecien y disfruten los estudiantes, así como un valioso recurso didáctico para los maestros.

La Secretaría de Educación Pública agradece a los autores, editores y titulares de los derechos de los materiales, su apoyo para integrar la presente selección de textos. Cabe mencionar que en consideración a los lectores a los que está dirigido este material: alumnos, maestros, padres de familia y sociedad en general, se incorporaron algunos ajustes que buscan atender aspectos de uso ortográfico y gramatical, sin modificar su sentido original. Ejemplo de ello es la revisión de la puntuación, la corrección de errores, problemas de concordancia, la sustitución de localismos por términos reconocidos en México, o bien la modernización del lenguaje en aquellos textos que así lo han requerido.

En este proceso, la Secretaría contó con el invaluable apoyo de la Academia Mexicana de la Lengua, a cuyos integrantes agradece profundamente su compromiso y esfuerzo.

Secretaría de Educación Pública

Estimado maestro:

Este libro tiene como propósito impulsar el desarrollo lector de sus estudiantes; es decir, que aprendan a leer (y escribir), así como a emplear estrategias de lectura para comprender lo que leen y a disfrutar de la lectura como actividad lúdica.

Las lecturas pueden abordarse en el orden que usted o su grupo lo deseen, pues constituyen una selección diversa que busca ser significativa para el desarrollo lector de los estudiantes.

En la selección predominan los textos literarios: cuentos, adivinanzas, poemas, canciones, textos rimados, entre otros. Encontrará también que en cada grado se incluyen historias sin palabras con las que se busca que los estudiantes puedan desarrollar su imaginación, pero sobre todo, realicen la lectura de imágenes, poniendo en juego diferentes habilidades de comprensión lectora, como la inferencia y la interpretación.

Cabe destacar que la selección incluye autores mexicanos y extranjeros de muy diverso género, especializados y no en literatura infantil, lo que permite que sea un material variado y atractivo.

Le deseamos mucho éxito en su tarea y esperamos que este libro lo apoye en su importante labor en favor de la niñez mexicana.

Estimado estudiante:

¡Bienvenido a tu *Libro de lectura*!

Este material es propiedad de: _____ ,
lector de tercer grado.

Como lector, tienes derecho a:

- Que reconozcan que eres capaz de leer.
- Leer un texto las veces que quieras.
- Pedir que te lean y escuchar leer.
- Leer lo que te guste y en cualquier sitio.
- Compartir lo que sientes y piensas de las lecturas.

ÍNDICE

El sombrero 8

El pajarraco 12

Un pájaro 16

El caracol 17

El pajarillo 18

En fabulosa travesía 20

El colibrí 24

La xkokolché 26

La creación del hombre según los mayas 30

Leyenda de los temblores 36

Los temblores 40

Las ruinas indias 46

El escuintle 48

El piojo y la pulga 50

Pregón 52

Los duendes de la tienda 56

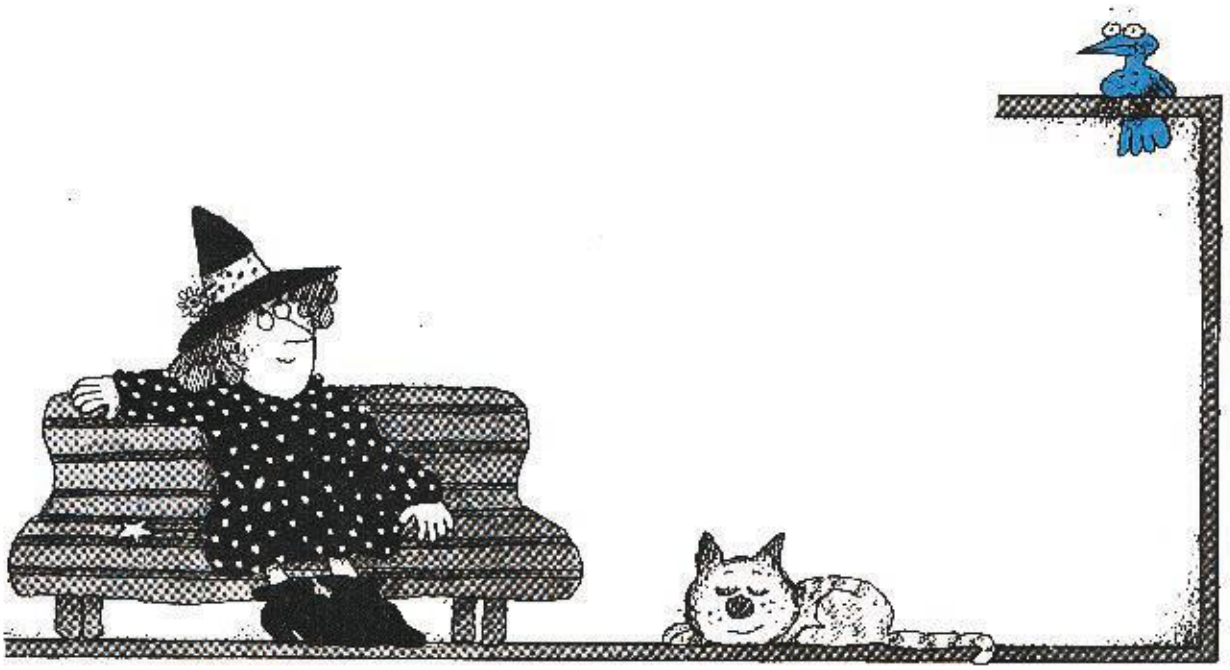
Cómo fue que Margarito se desenduendó 60

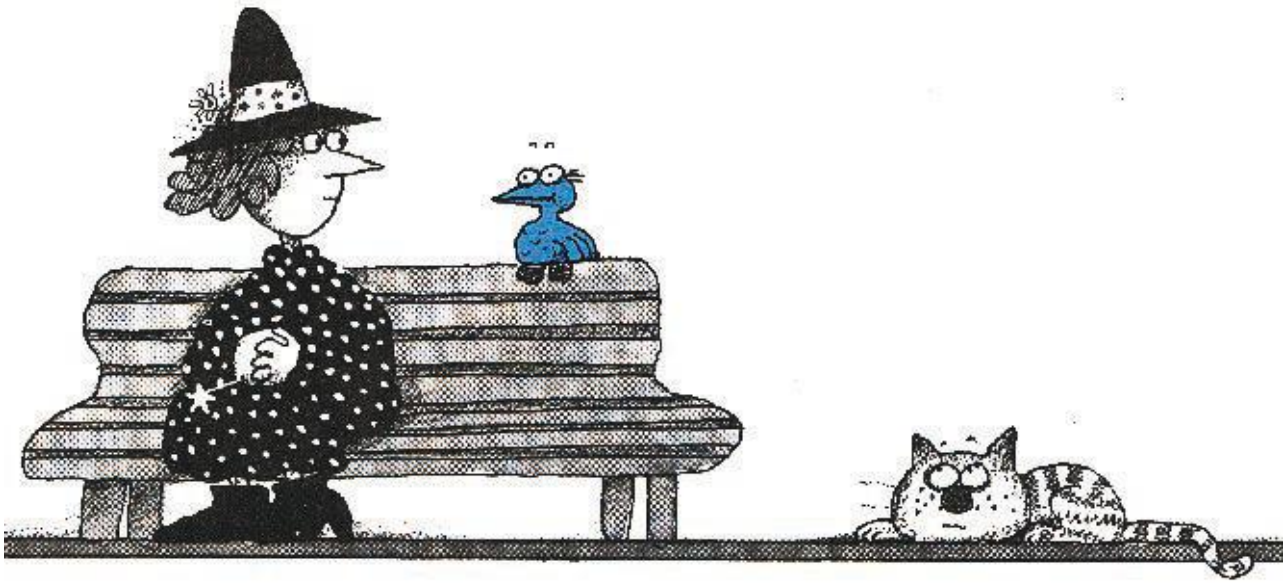
La sopa de piedra 64
El armadillo y el león 72
El coyote y el conejo 76
Its' / Luna 80
Julito 82
Allí había una niña 84
Un brinco al cielo 86
El caballo de arena 98
Francisca y la muerte 106
Viko kiu ndyi / Día de Muertos 116
El comal y la olla 120
El traje del Rey 122
Trabalenguas 127
Altazor 128
La hora 130
30 refranes mexicanos
para toda ocasión 132
Perejil 136
Filiflama 137
Tza' misstu ü / ¿Qué es, qué es?..... 138
El barco negro 140

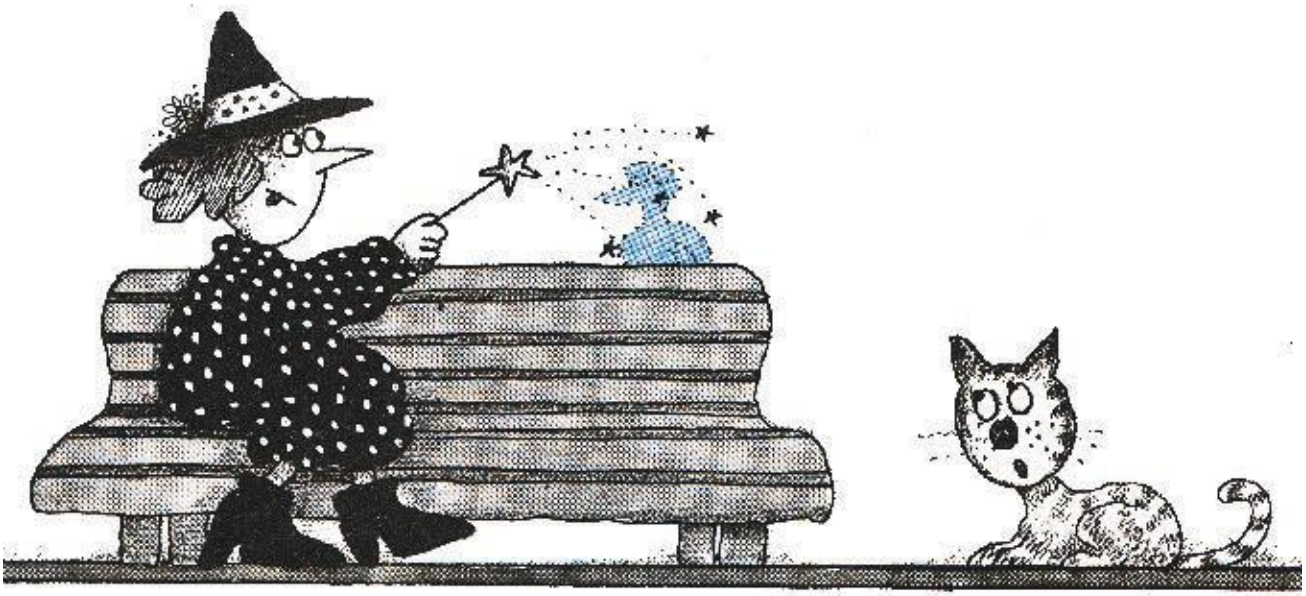
De cómo se instaló la gata
dentro de la choza 144
El Ahuízotl 150
Bibliografía 157

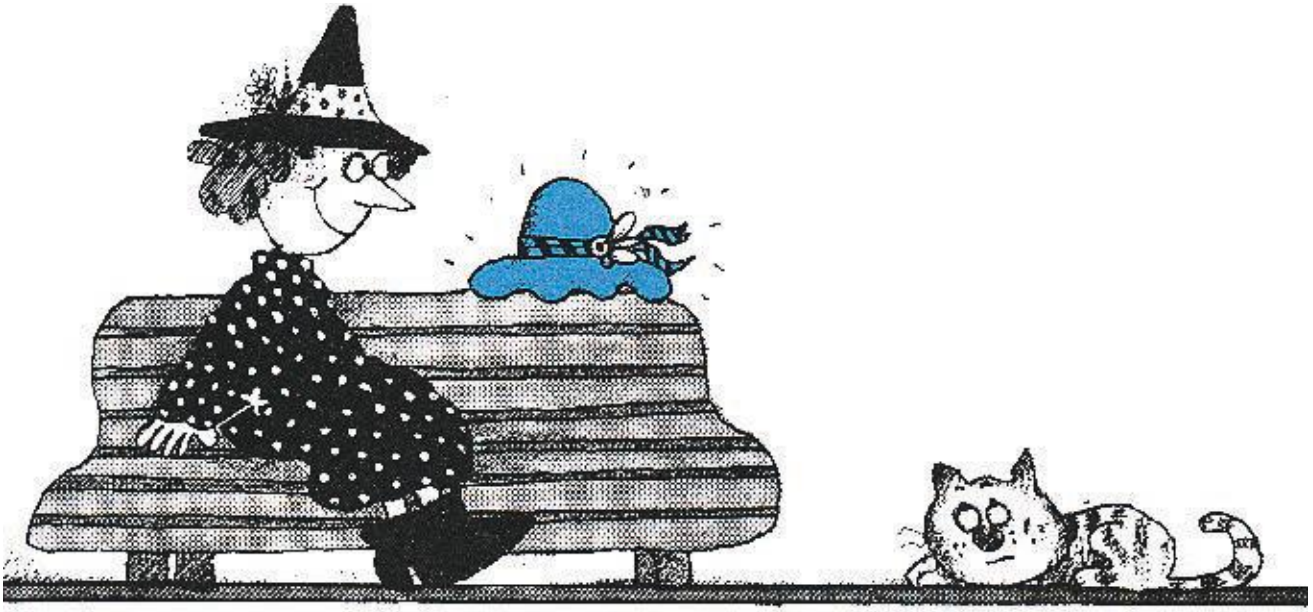
El sombrero

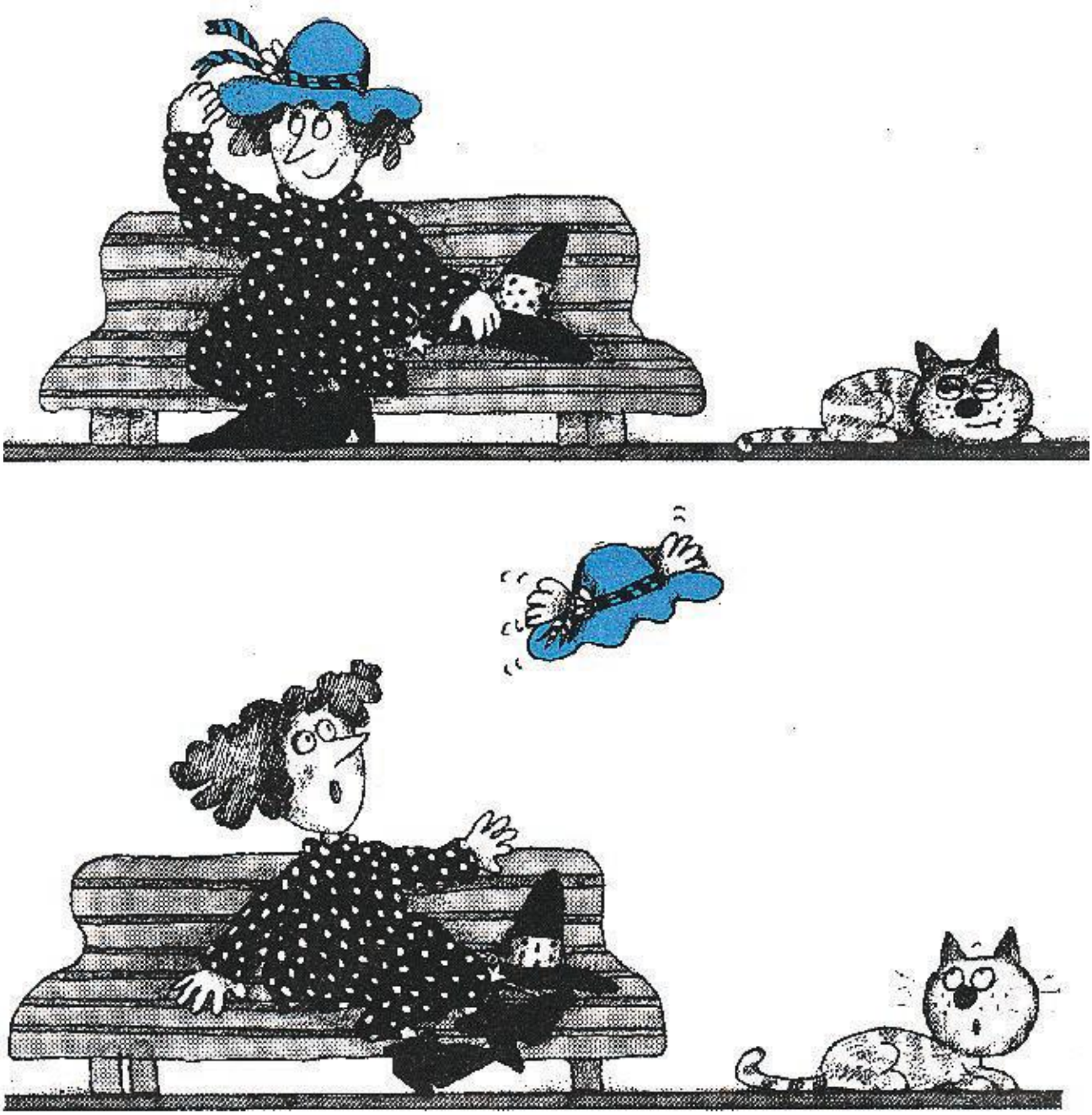
Eva Furnari





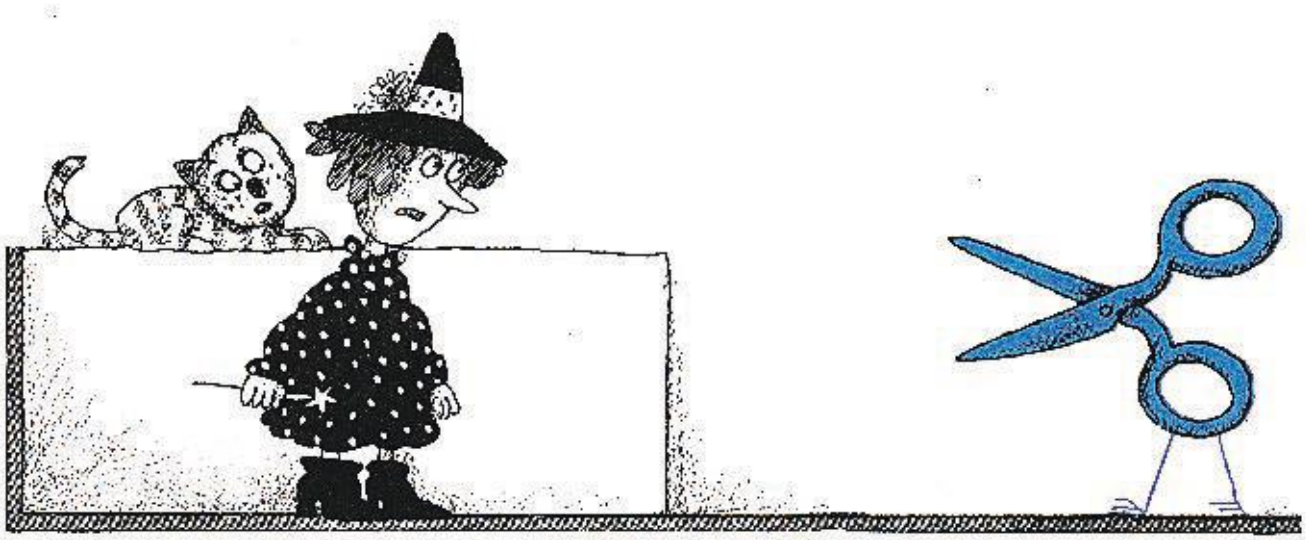


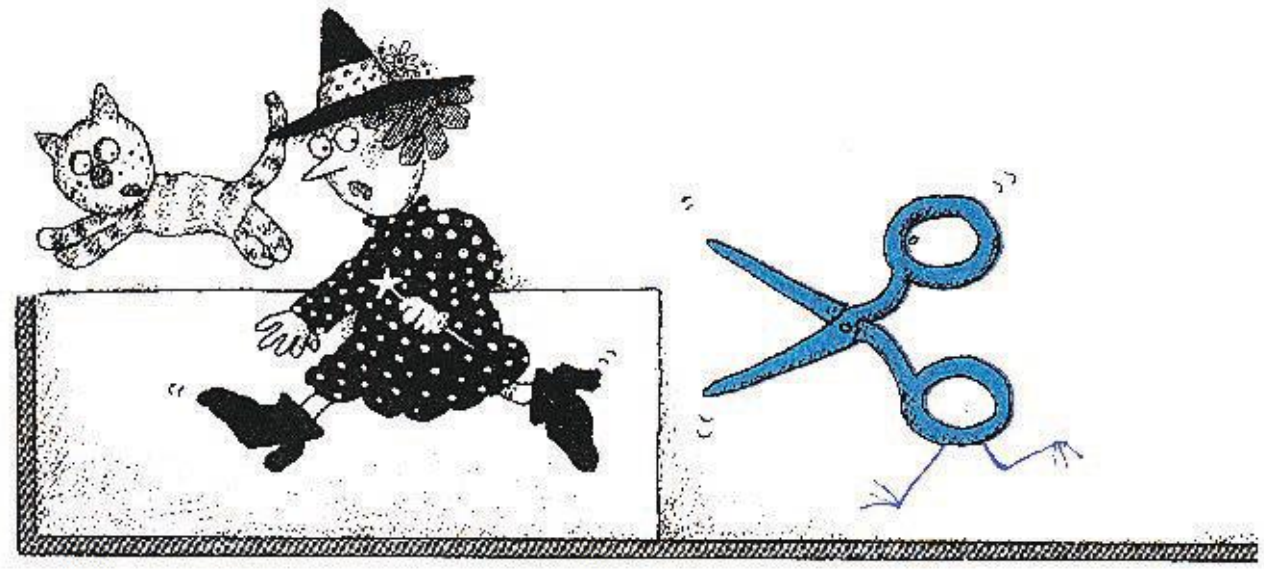




El pajarraco

Eva Furnari

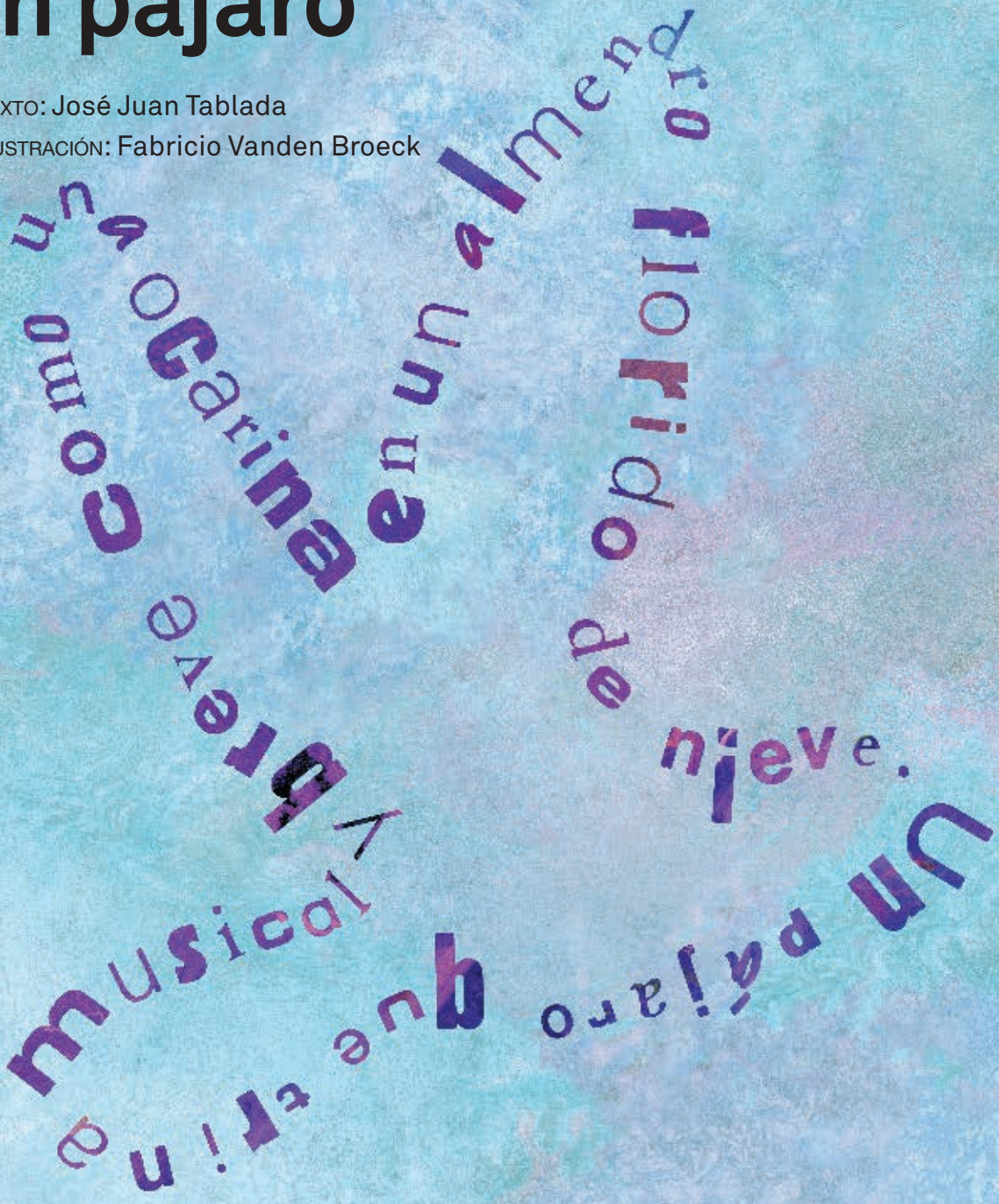




Si quieres saber sobre una brujita que se enamora, busca *La Brujita Encantadora y su secreto admirador, Gregorio*, en tu Biblioteca Escolar.

Un pájaro

Texto: José Juan Tablada
Ilustración: Fabricio Vanden Broeck



El caracol

Texto: Antonio Granados
Ilustración: Fabricio Vanden Broeck

Busca más poemas con imágenes de la naturaleza en *Que me bautice el viento: Enriqueta Ochoa para niños*, de tu Biblioteca Escolar.

El pajarillo

Texto: Nicolás Guillén
Ilustración: Julián Cicero

Un pajarillo en la umbría
canta saludando el día.
¿Quién es, quién es el cantor?
—¿El pitirre?
—No, señor.
—¿El tomeguín?
—No, señor.
—¿El negrito?
—No, señor.

En lo profundo del monte,
en lo negro de la umbría,
canta un pajarillo al día.
¿Cómo se llama?
—Sinsonte.
—Sí, señor.

Si te gusta hacer preguntas sobre extraños personajes, conoce a los *Insomniópteros*, en tu Biblioteca Escolar.

En fabulosa travesía

Texto: Asociación Ambiente Sur y Fundación Naturaleza para el Futuro
Ilustración: Julián Cicero

Cada año más de 40 especies de aves vuelan de un hemisferio a otro. Les presentamos a las aves playeras migratorias.

¿Qué es una migración?

Cuando toda una población de aves en forma voluntaria inicia un viaje de ida y vuelta entre zonas de características ambientales diferentes, ese viaje lo repiten todos los años y pasan por los mismos lugares, estamos ante una migración.

¿Por qué migran?

Las aves migran en busca de comida. Por esta razón se lanzan a esa fabulosa travesía en la cual hay varias paradas clave donde encuentran su alimento.

Cartografía natural
Son capaces de llevar complejos mapas en la memoria.

¿Cómo se orientan?

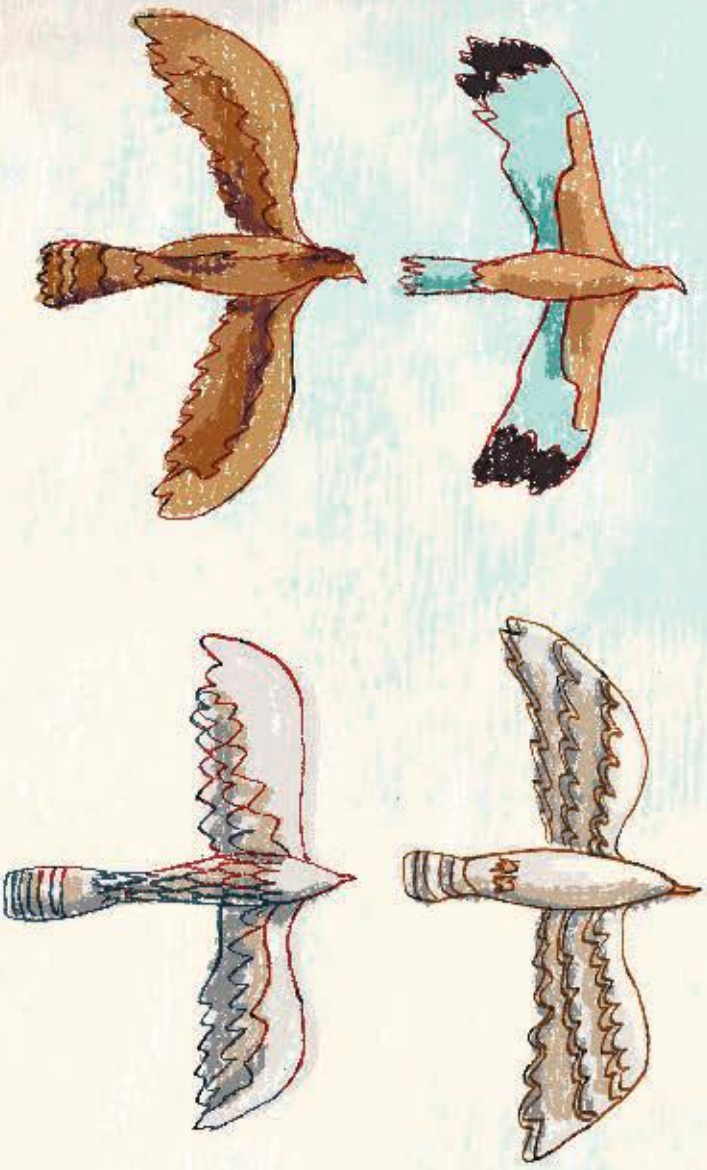
Igual que los marineros en la antigüedad, utilizan la posición del Sol, la Luna y las estrellas. Se basan también en el magnetismo de la Tierra, como las brújulas. También en el viento, las horas de luz e incluso en señales olfativas. Además, tienen la capacidad de aprender a reconocer ciertas peculiaridades de la topografía, por ejemplo, los bordes de las costas.

¿Viajan de día o viajan de noche?

De noche los vientos son más uniformes, hay menos turbulencia y menos depredadores. Las temperaturas más bajas evitan que la temperatura de sus cuerpos aumente por el continuo movimiento de las alas, pues eso podría ser fatal. Las aves que necesitan del aire caliente para elevarse o se alimentan durante el vuelo, viajan de día.

Parecidos pero diferentes

Cuerpos pequeños, patas largas y delgadas, picos de diversas formas y tamaños, muy asociadas al agua, aunque la mayoría no nada.

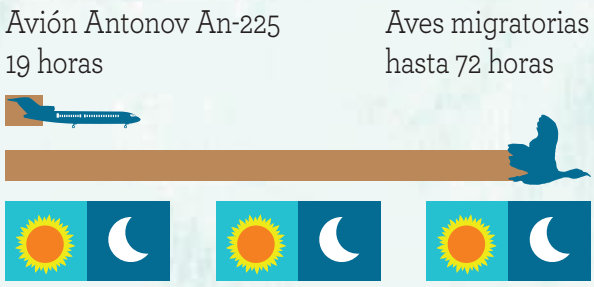


La vuelta al mundo

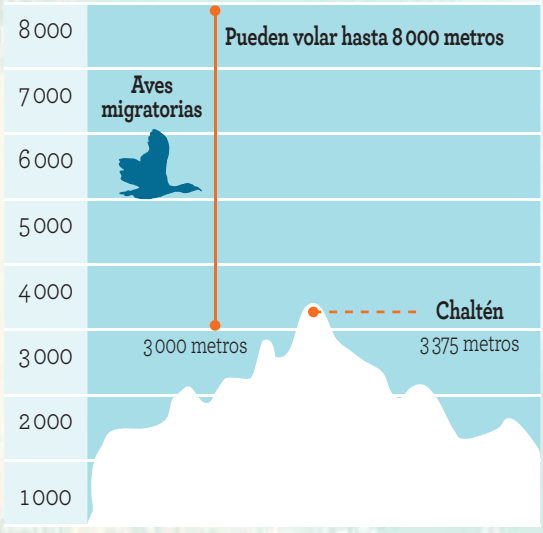
Cubren, cada temporada, distancias de hasta 32 000 kilómetros: ¡casi la circunferencia de la Tierra, que es de 40 000 kilómetros!

Autonomía de vuelo

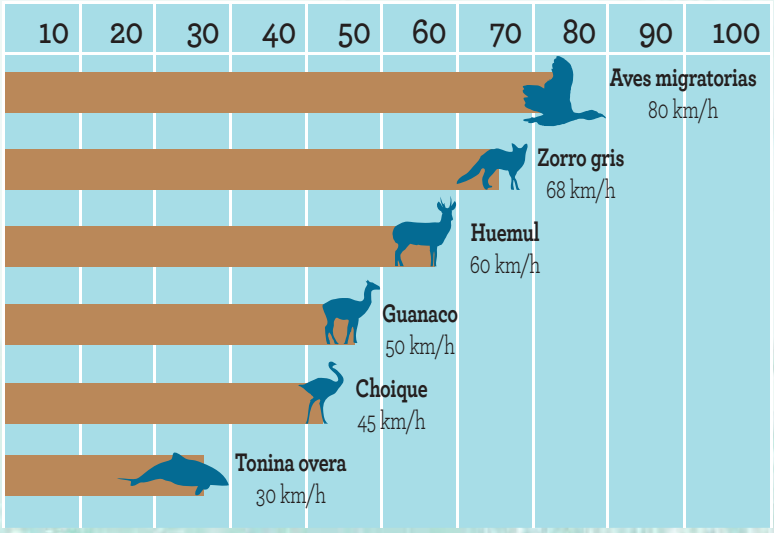
Pueden volar de 48 a 72 horas sin detenerse a descansar.



Altura de vuelo (metros)



Velocidad de vuelo (km/h)



El colibrí

Texto: Adaptación
Ilustración: Julián Cicero

Los ojos son negros y muy pequeños.

La cabeza es de color verde.

El pico es negro, largo y fino.
Puede emitir sonidos para
defenderse de animales que
quieran alimentarse de él.

El cuello en el macho
es rojo. En la hembra, blanco.

Las alas son negras con las puntas grises. Éstas le permiten hacer giros de 180 grados. Miden entre 8 y 11 cm.

Talla: De 7 a 9.5 cm.

La cola es corta, ahorquillada y negra.

El abdomen es verde, amarillo y blanco.

Conoce datos sorprendentes sobre animales que vuelan en *Animales mexicanos, aves y mariposas* y *Plumas y cantos: El Occidente de México*, de tu Biblioteca Escolar; o investiga sobre tu animal favorito en *Mi primer atlas de los animales*, de la misma biblioteca.

La xkokolché

Texto: Leyenda maya recopilada por Rodolfo Fonseca
Ilustración: Julián Cicero

Era ya de noche en el Mayab, cuando la xkokolché tocó la puerta de una casa muy rica; ese día había volado de un lugar a otro para pedir trabajo, pero nadie quería dárselo.

Uno de los criados principales salió a ver quién tocaba, y al ver el plumaje opaco y cenizo de la xkokolché, estuvo a punto de decirle que se fuera. Pero en eso recordó que necesitaba una sirvienta para las tareas que nadie quería hacer, así que la contrató.

A partir de entonces, la xkokolché trabajó escondida en la cocina, porque le dijeron que si un día la hija de los dueños se encontraba con ella, la correría por fea. Esa hija era la chacdzidzib, o cardenal, una pájara muy consentida, quien estaba tan orgullosa de su bello plumaje rojo y del copete que adornaba su frente, que se creía merecedora de todas las atenciones.

La xkokolché vivía triste y solitaria, pues nadie se acercaba a platicar con ella. Así pasó el tiempo, hasta que un día, la chacdzidzib tuvo un capricho: se le ocurrió aprender a cantar. De inmediato, sus padres contrataron al pájaro clarín, que era el mejor maestro de canto.

El clarín empezó a dar sus clases; llegaba por la tarde y pasaba horas tratando de que su alumna aprendiera a cantar, pero era inútil. La chacdzidzib era una estudiante muy floja, le aburría practicar y se distraía en las clases.

Y aunque el clarín no lo sabía, tenía otra alumna dedicada y estudiosa: la xkokolché. Escondida en la cocina, cada clase estaba atenta a las explicaciones del maestro y después repetía la lección. Así olvidaba su soledad.

Muy pronto la xkokolché llegó a cantar aún más bonito que el clarín, a diferencia de la presumida chacdzidzib, cuya voz era ronca y desafinada. El maestro se cansó de tratar de enseñarle a una alumna tan floja, así que renunció a darle clase.

A la chacdzidzib eso no le importó mucho, pues se entretuvo con otro capricho. Pero a la xkokolché se le acabó su único entretenimiento. Para consolarse, inventaba una canción todas las noches. Nadie sabía de dónde venía ese canto, pero, al oírlo, todos los animales se quedaban en silencio y escuchaban.

A quien más le gustaba esa canción era al cenzontle. Ya había buscado por todas partes al ave de la bella voz, hasta que una noche fue invitado a cenar a casa de la chacdzidzib. A la mitad de la cena, oyó la voz que tan bien conocía. Entonces se levantó de la mesa y entró a las habitaciones, con la esperanza de encontrar a la cantante.

Así, llegó a la cocina y vio a la xkokolché cantando. El cenzontle no quiso interrumpirla y se fue sin hacer ruido, pero regresó cada noche a escucharla.

El cenzontle se dio cuenta de la soledad en que vivía la xkokolché y, conmovido, una madrugada entró a la cocina y se la robó. Al día siguiente la presentó con los animales y les dijo que ella era el ave del hermoso canto que se oía en las noches. Como la recibieron con cariño, la xkokolché cantó aún mejor. Desde entonces, su canto logra que los pájaros se sientan tristes y felices al mismo tiempo; por eso todos la admiran. Bueno, casi todos, porque la chacdzidzib no disfruta al escuchar a su antigua sirvienta, ya que le recuerda que, aunque ella es muy bonita, no puede cantar igual.

Si quieres conocer otra leyenda sobre un animal que maravilla por su rareza, busca *Axólotl, el ajolote*, en tu Biblioteca Escolar.

La creación del hombre según los mayas

Texto: Adaptación de Antonio Domínguez Hidalgo
Ilustración: Julián Cicero

Éste es el primer relato de cuando todo se hallaba inmóvil. Cuando no había todavía seres humanos ni animales ni árboles ni piedras, y todo estaba en calma y silencio. Sólo la mar serena se mantenía en reposo, tranquila y apacible, pues la faz de la Tierra aún no se manifestaba.

Nada había dotado de existencia. Mas en el centro de la noche eterna del inicio, moraban los Progenitores rodeados de aguas claras y transparentes, vestidos de plumajes verdes y azules, llenos de energía y pensamientos. Y ellos hicieron la palabra. Y en la oquedad del cosmos hablaron, meditaron y se pusieron de acuerdo para crear al hombre cuando la luz llegara.

De esta manera, en la oscuridad de las tinieblas nocturnas del origen, dispusieron la creación y el crecimiento de los seres:

—¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! ¡Que esta agua inmensa se retire y desocupe el espacio para que surja la Tierra! ¡Que aclare! ¡Que amanezca! ¡Que broten los árboles y los bejucos!

Y diciendo esto los Progenitores, como neblina, como nubes, como polvareda, nacieron los valles y las cumbres aparecieron junto a los pinares en la superficie. Y los Progenitores se llenaron de alegría.

Enseguida hicieron a los animales pequeños del monte, a los guardianes de los bosques, a los genios de las montañas, a las serpientes, a los venados, a los pájaros, a los tigres, a los lagartos. Y dijeron los Progenitores:

—¿Solamente habrá silencio bajo los árboles? Hablen, griten, gorjeen, digan nuestros nombres, alábennos, ensalcen a sus creadores, invóquennos, adórennos...

Mas no se pudo conseguir que aquellas criaturas hablaran. Sólo chillaban, cacareaban y graznaban. Y sin lenguaje que las engrandeciera, cada una gritaba de manera diferente.

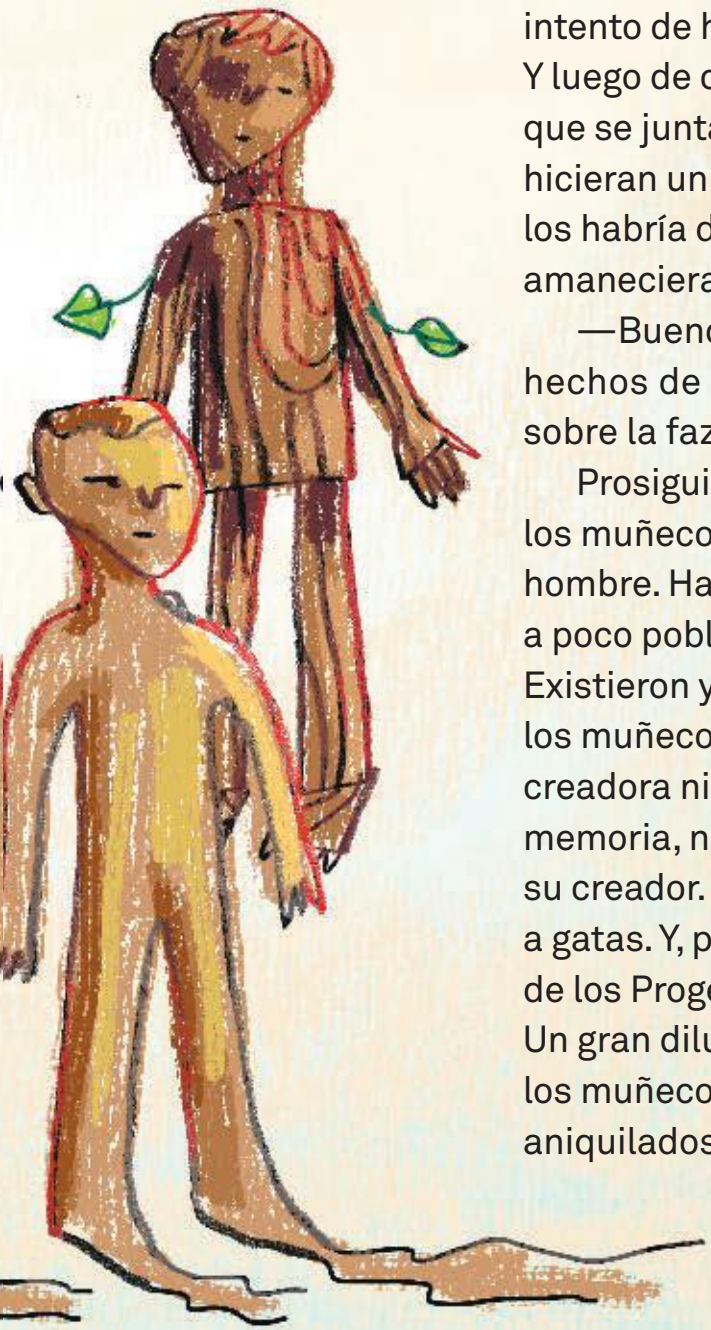
Cuando los Progenitores vieron que no era posible hacerlas hablar, se dijeron decepcionados:

—Esto no estuvo bien. No han podido decir nuestros nombres, el de sus creadores y formadores.

Así pues, los Progenitores, ante el fracaso, tuvieron que pensar en hacer una nueva tentativa para crear al ser que los adorara: el ser humano.

—¡A probar otra vez! Ya se acercan el amanecer y la aurora. Hagamos al que nos sustentará y alimentará.

Entonces hicieron con tierra la carne del hombre, pero vieron que no estaba bien, que se deshacía, que estaba blanda, sin movimiento, sin fuerza y que se caía. No movía la cabeza. La cara se le iba para un lado. Tenía velada la vista. No podía ver hacia atrás. Al principio hablaba, pero no poseía entendimiento.



Con el agua se humedeció rápidamente y no se pudo sostener.

Y dijeron los Progenitores:

—Bien se ve que no puede andar ni multiplicarse.

Entonces desbarataron y deshicieron su intento de hombre y siguieron preocupados. Y luego de consultarse entre sí, dispusieron que se juntara madera para que con ella hicieran un hombre, duro, resistente, que los habría de sustentar y alimentar cuando amaneciera.

—Buenos saldrán nuestros muñecos hechos de madera. Hablarán y conversarán sobre la faz de la Tierra.

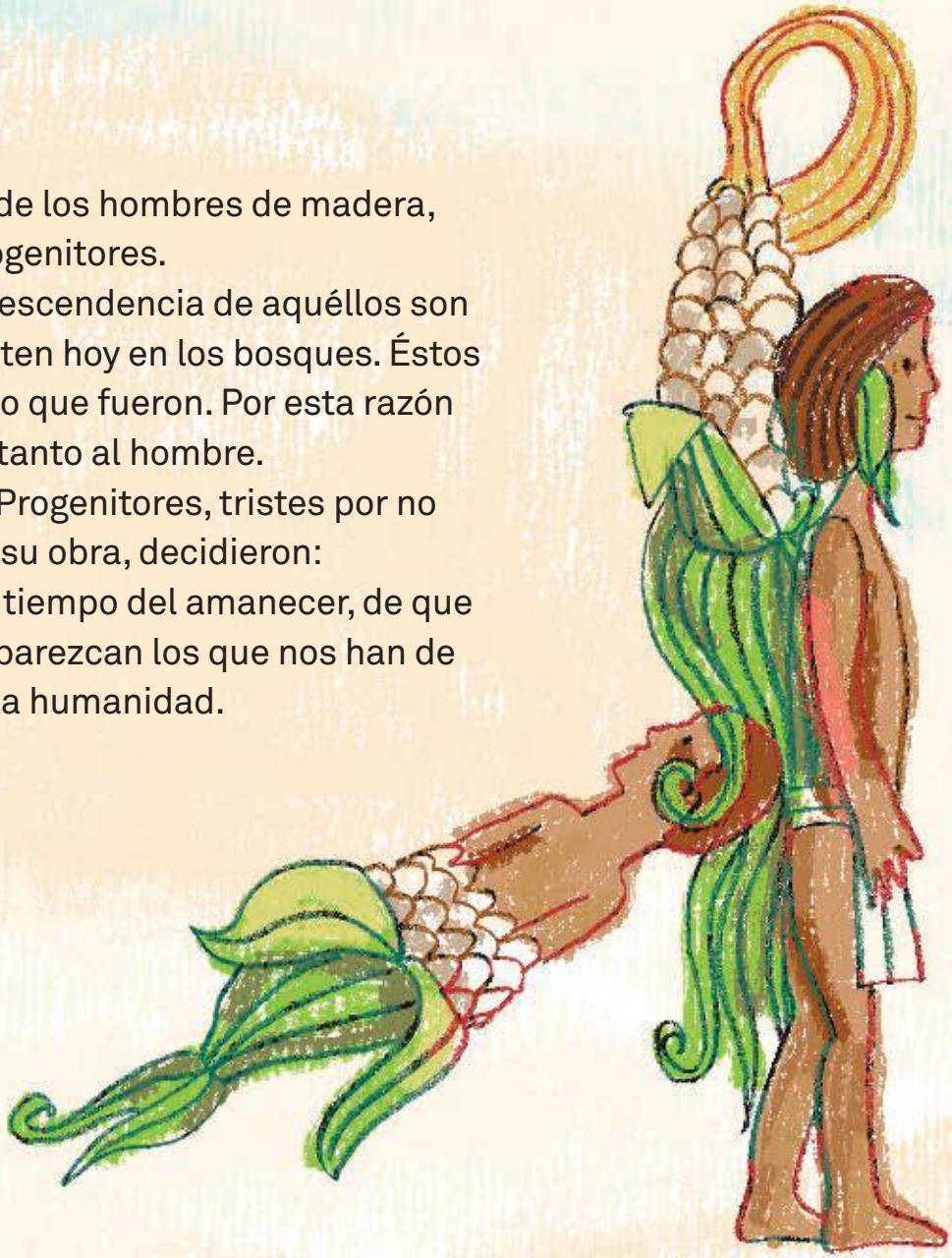
Prosiguieron y al instante fueron hechos los muñecos de madera. Se parecían al hombre. Hablaban como el hombre y poco a poco poblaron la superficie de la Tierra. Existieron y se multiplicaron. Tuvieron hijos los muñecos de palo, pero no tenían fuerza creadora ni sabiduría, ni entendimiento, ni memoria, ni voluntad. No se acordaban de su creador. Caminaban sin rumbo y andaban a gatas. Y, por no acordarse de sus padres, de los Progenitores, cayeron en desgracia. Un gran diluvio se formó y cayó sobre los muñecos de palo. Fueron anegados, aniquilados, destruidos y desechados.

Así fue la ruina de los hombres de madera, creados por los Progenitores.

Y dicen que la descendencia de aquéllos son los monos que existen hoy en los bosques. Éstos son la muestra de lo que fueron. Por esta razón el mono se parece tanto al hombre.

Y entonces, los Progenitores, tristes por no haber dado cima a su obra, decidieron:

—Ha llegado el tiempo del amanecer, de que termine la obra y aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir: la humanidad.



Los Progenitores se juntaron, llegaron y celebraron un consejo en la oscuridad de la noche. De esta manera salieron a la luz sus decisiones y encontraron lo que debía servir para construir la carne del hombre: mazorcas blancas y mazorcas amarillas. El maíz los formaría. E hicieron los cuatro primeros.

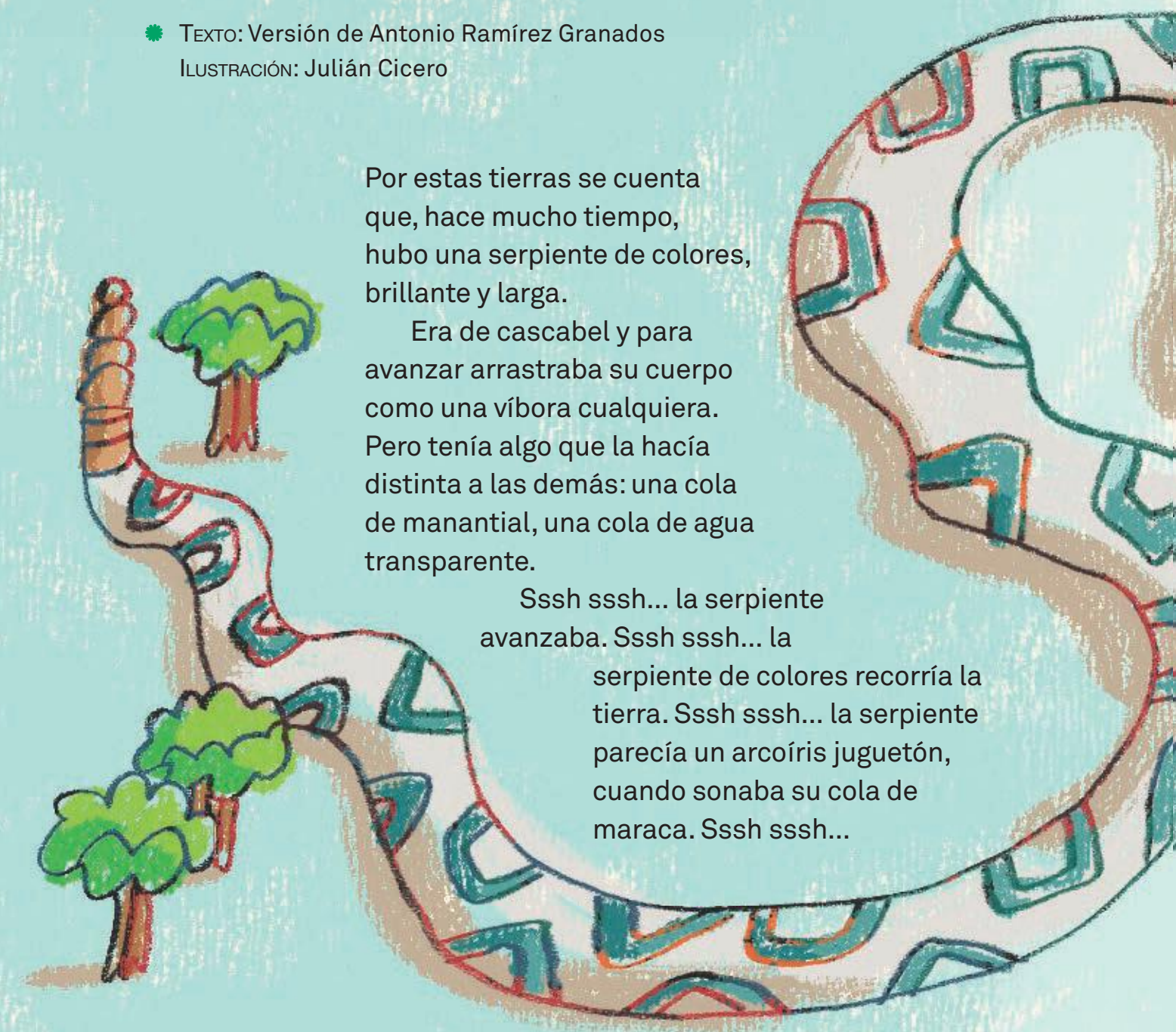
Así, de este alimento provinieron la fuerza de sus músculos, el vigor de sus brazos y la agilidad de sus piernas, y fueron dotados de inteligencia y vieron todo lo que hay que ver en este mundo. Nada se ocultaba a su mirada, que, con asombro, veía la bóveda del cielo y la faz redonda de la Tierra.

Luego los Creadores les formaron a sus esposas y fueron hechas las mujeres. Durante el sueño, mientras dormían, llegaron verdaderamente hermosas. Cuando los cuatro primeros hombres despertaron, se llenaron de alegría sus corazones y dieron vida a todos los que habitamos la Tierra.

Si quieres conocer cómo se explicaban otras culturas el origen de los astros y de algunos fenómenos naturales, busca *Cuentos del sol, la luna y las estrellas: mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas* y *Tuiiii. El murciélago*, en tu Biblioteca Escolar.

Leyenda de los temblores

Texto: Versión de Antonio Ramírez Granados
Ilustración: Julián Cicero



Por estas tierras se cuenta que, hace mucho tiempo, hubo una serpiente de colores, brillante y larga.

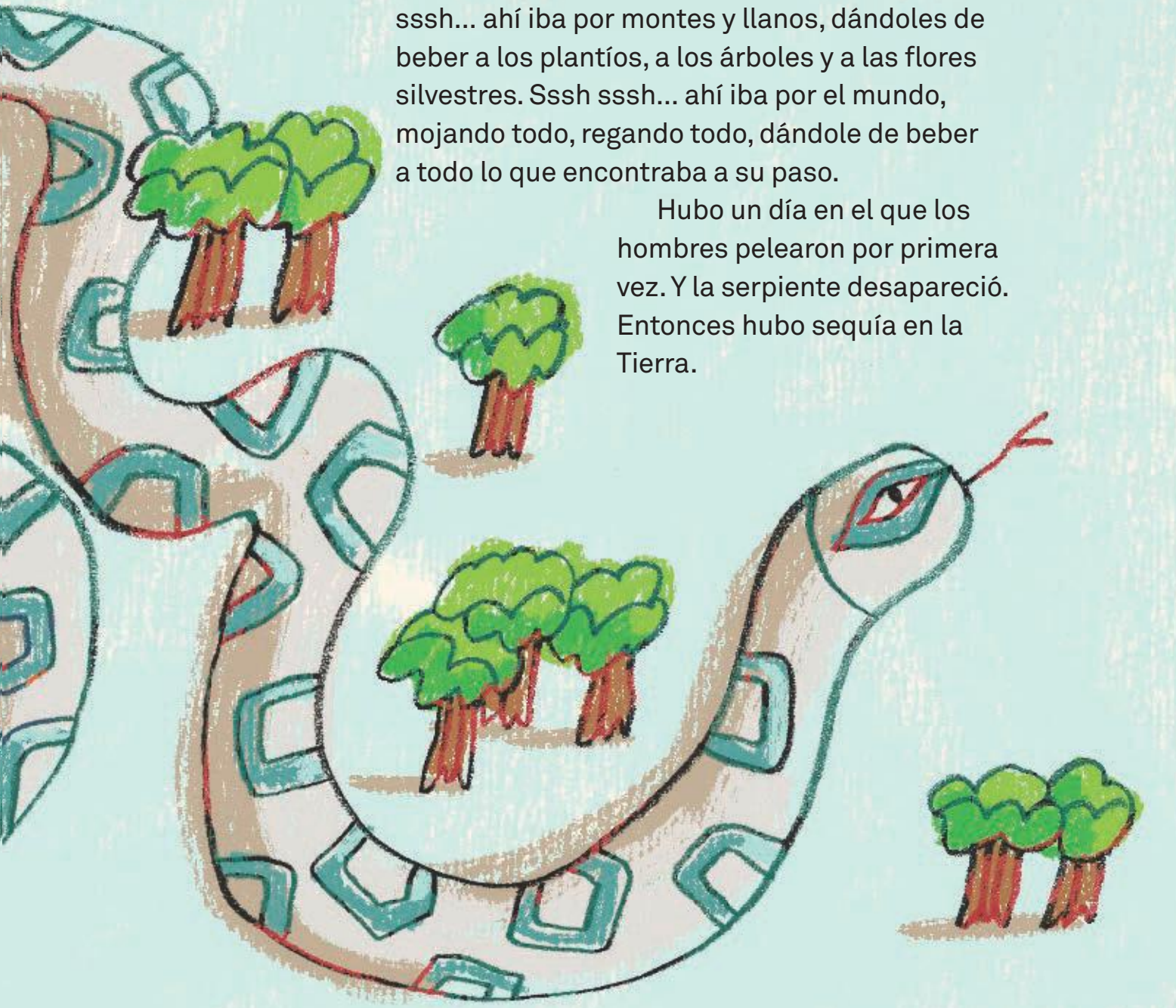
Era de cascabel y para avanzar arrastraba su cuerpo como una víbora cualquiera. Pero tenía algo que la hacía distinta a las demás: una cola de manantial, una cola de agua transparente.

Sssh sssh... la serpiente avanzaba. Sssh sssh... la serpiente de colores recorría la tierra. Sssh sssh... la serpiente parecía un arcoíris juguetón, cuando sonaba su cola de maraca. Sssh sssh...

Dicen los abuelos que donde quiera que pasaba dejaba algún bien, alguna alegría sobre la tierra.

Sssh sssh... ahí iba por montes y llanos, mojando todo lo que hallaba a su paso. Sssh sssh... ahí iba por montes y llanos, dándoles de beber a los plantíos, a los árboles y a las flores silvestres. Sssh sssh... ahí iba por el mundo, mojando todo, regando todo, dándole de beber a todo lo que encontraba a su paso.

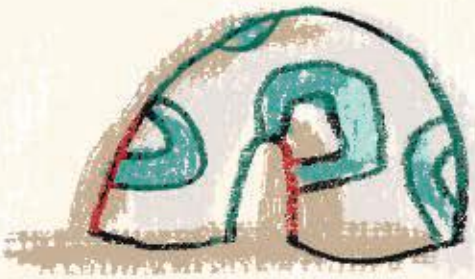
Hubo un día en el que los hombres pelearon por primera vez. Y la serpiente desapareció. Entonces hubo sequía en la Tierra.

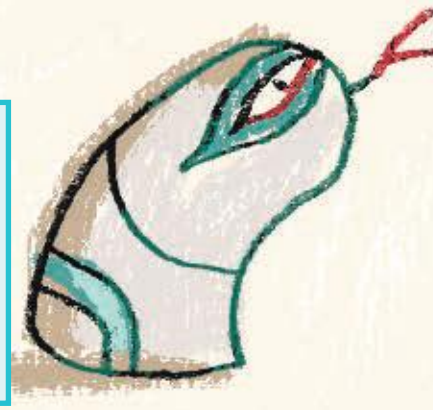


Hubo otro día en el que los hombres dejaron de pelear. Y la serpiente volvió a aparecer. Se acabó la sequía, volvió a florecer todo. Del corazón de la tierra salieron frutos y del corazón de los hombres brotaron cantos.

Pero todavía hubo otro día en el que los hombres armaron una discusión grande, que terminó en pelea. Esa pelea duró años. Fue entonces cuando la serpiente desapareció para siempre.

Cuenta la leyenda que no desapareció, sino que se fue a vivir al fondo de la tierra y que ahí sigue. Pero, de vez en cuando, sale y se asoma. Al mover su cuerpo sacude la tierra, abre grietas y asoma la cabeza. Como ve que los hombres siguen en su pelea, sssh... ella se va. Sssh sssh... ella regresa al fondo de la tierra. Sssh sssh... ella hace temblar... ella desaparece.





Lee otra narración sobre un animal fantástico y los dones que prodigaba en *El pájaro de la felicidad: cuento del Tíbet*, de tu Biblioteca Escolar.

Los temblores

Texto: Juan Tonda
Ilustración: Gabriela Gómez Llorente

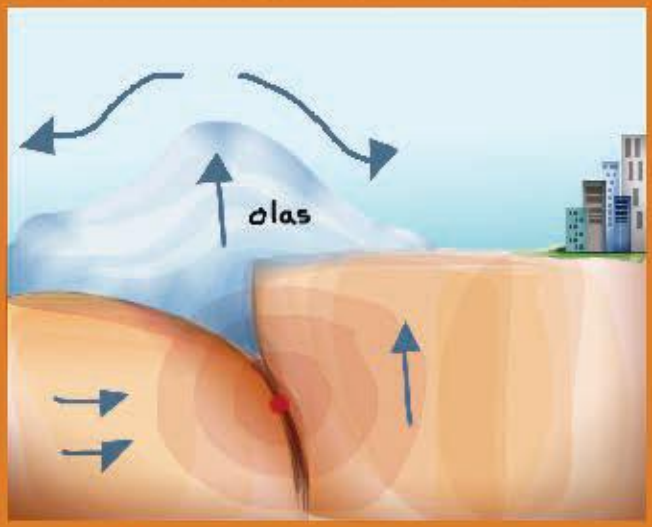
¿Por qué tiembla?

Ocurre un temblor cuando se acomodan estas enormes placas o piezas de la corteza terrestre, en los lugares donde hay un gran rompimiento de rocas que los sismólogos denominan fallas. Una de las fallas más conocidas es la de San Andrés, que pasa cerca de la ciudad de San Francisco, en Estados Unidos, y llega hasta Baja California, en México.

El movimiento de las placas se debe a que las cadenas montañosas que nacen en el interior de la Tierra las empujan. Esto ocurre, por ejemplo, a la mitad del océano Atlántico, donde ha nacido una cadena montañosa que se denomina Dorsal del Atlántico.

En las placas se acumula energía debido a la fuerza que ejercen las cadenas montañosas jóvenes sobre las viejas.

Al igual que ocurre cuando se comprime un resorte, después de cierto tiempo, que incluso pueden ser varios años, el “resorte” se suelta, un pedazo de corteza se rompe, y se liberan enormes cantidades de energía. Esta energía viaja en todas direcciones, en forma de ondas, como las que se producen cuando arrojamos una piedra en el agua.



En ese momento se libera la energía de las placas o piezas de la corteza terrestre, se mueve el suelo que pisamos, como lo haría un resorte de un lado a otro, una y otra vez. Este movimiento se conoce como temblor o sismo. Y cuando es muy fuerte se le llama terremoto.

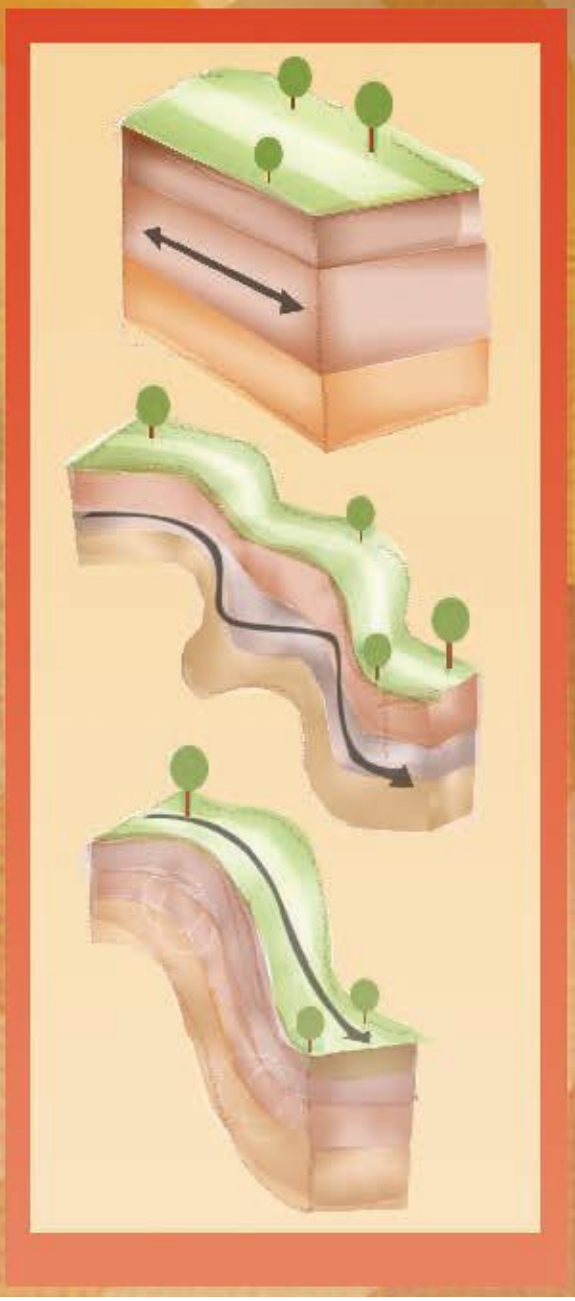
Debajo del mar, un terremoto puede producir gigantescas olas que se llaman tsunamis.

Las ondas de los temblores

Un temblor provoca que se rompa un pedazo de la corteza terrestre. Como ya dijimos, cuando esto ocurre se liberan grandes cantidades de energía que viajan en todas direcciones como ondas sísmicas.

Por ejemplo, el temblor que ocurrió el 19 de septiembre de 1985 en México, provocó que se rompiera en la región costera del Pacífico un pedazo de 200 kilómetros de largo que va de la frontera de Colima con Michoacán hasta Petatlán, Guerrero.

Durante el temblor de 1957, cuando se cayó el Ángel de la Independencia en la ciudad de México, la ruptura de la costa fue de 80 kilómetros de longitud.



Si alguna vez has ido a una feria, hay un juguete que se llama gusano o resorte. Si mueves el resorte de arriba hacia abajo, podrás entender cómo se propagan las ondas llamadas transversales. En cambio si lo comprimes, verás cómo viaja una onda longitudinal.

Las ondas de un temblor son tanto longitudinales como transversales. Los sismólogos las llaman ondas P (por primarias) y ondas S (por secundarias). Y también hay un tercer tipo de ondas sísmicas que viajan por la superficie de la corteza, denominadas ondas *Rayleigh* y ondas *Love*.

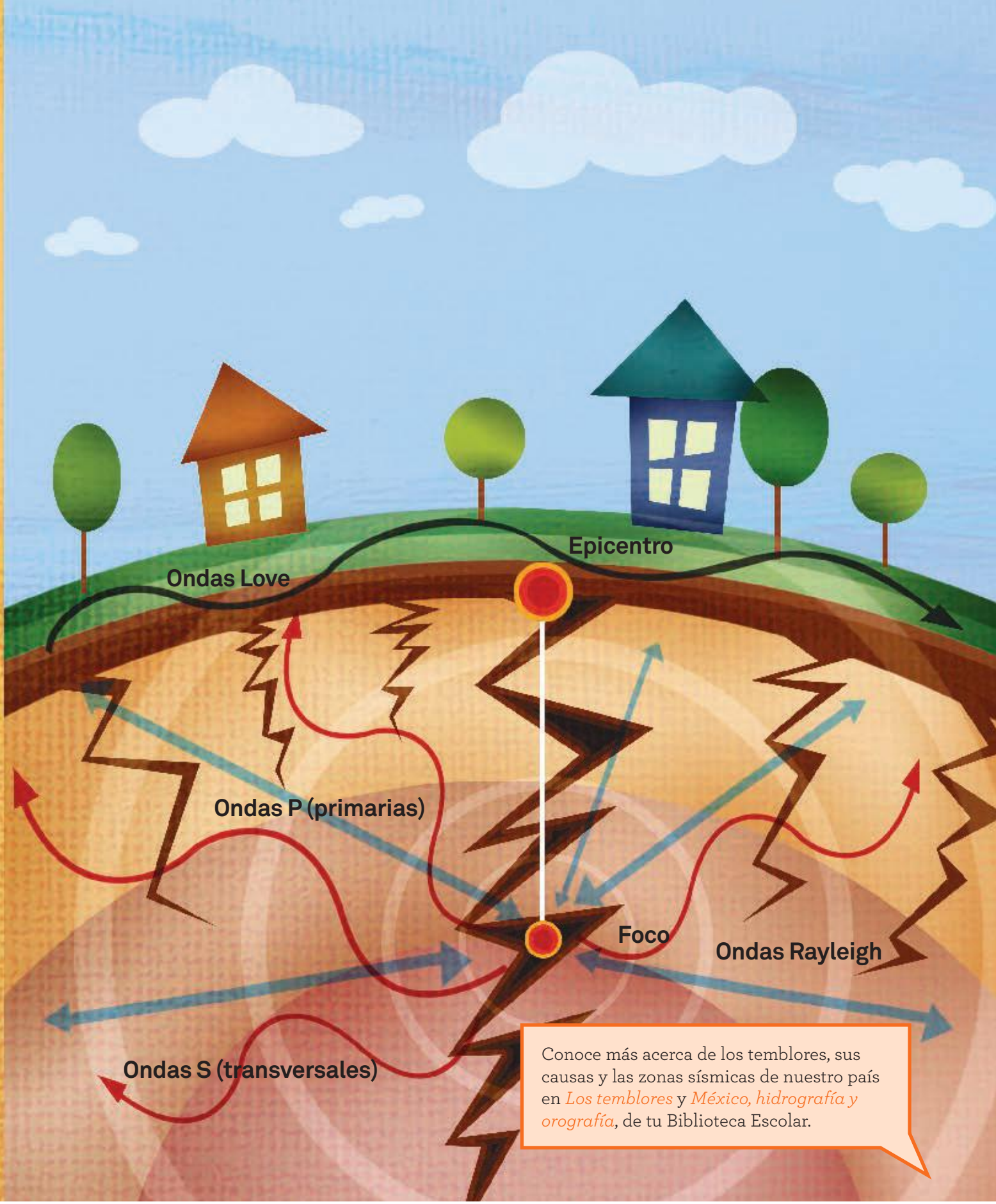
Las ondas de los temblores viajan en todas direcciones a una velocidad aproximada de 25 000 km/h (kilómetros por hora). Para que tengas una idea de lo que esto significa, los cohetes que salen de la Tierra alcanzan esta velocidad.

¿Dónde se origina un temblor?

Al lugar donde se origina un sismo o temblor se le llama foco del temblor. Este lugar se localiza comúnmente a varias decenas de kilómetros de profundidad en la corteza terrestre.

Si trazas una línea vertical desde el foco del temblor hasta la superficie terrestre, te encontrarás con otro punto muy importante para medir los temblores: el epicentro.

En el foco del temblor una placa o pieza de la corteza terrestre se mete debajo de otra, o bien, se deslizan una contra otra, porque hay que recordar que las piezas del rompecabezas terrestre no embonan perfectamente.

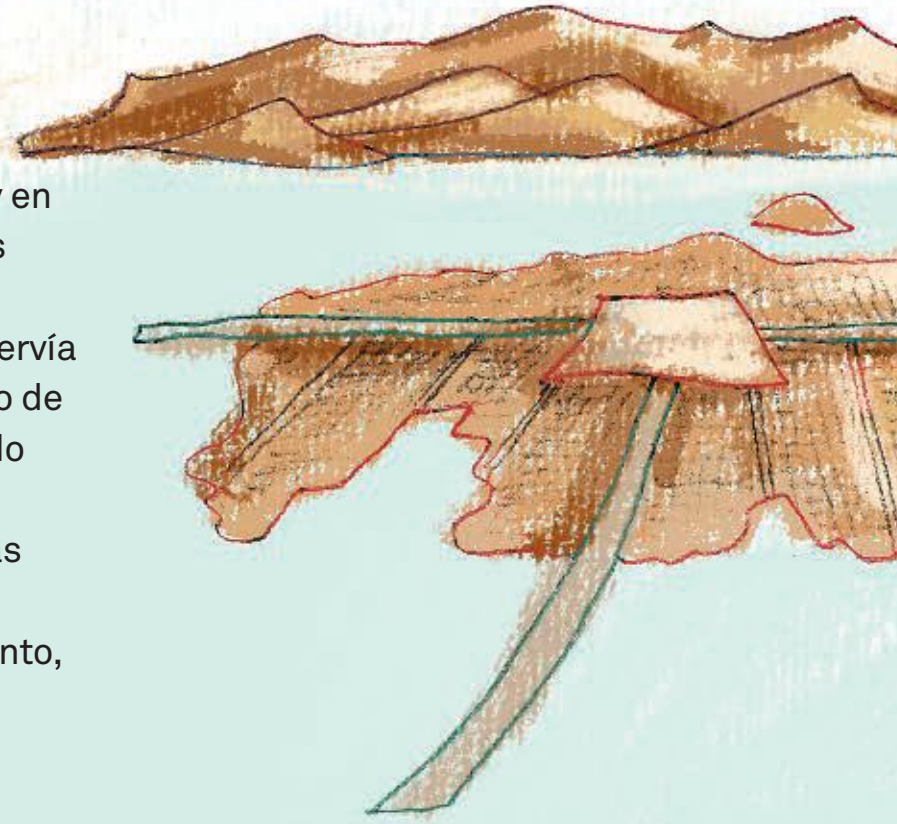


Conoce más acerca de los temblores, sus causas y las zonas sísmicas de nuestro país en *Los temblores* y *México, hidrografía y orografía*, de tu Biblioteca Escolar.

Las ruinas indias [Fragmento]

Texto: José Martí
Ilustración: Julián Cicero

¡Qué hermosa era Tenochtitlan, la ciudad capital de los aztecas, cuando Cortés llegó a México! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces que se podía andar sobre ellas como sobre tierra firme.

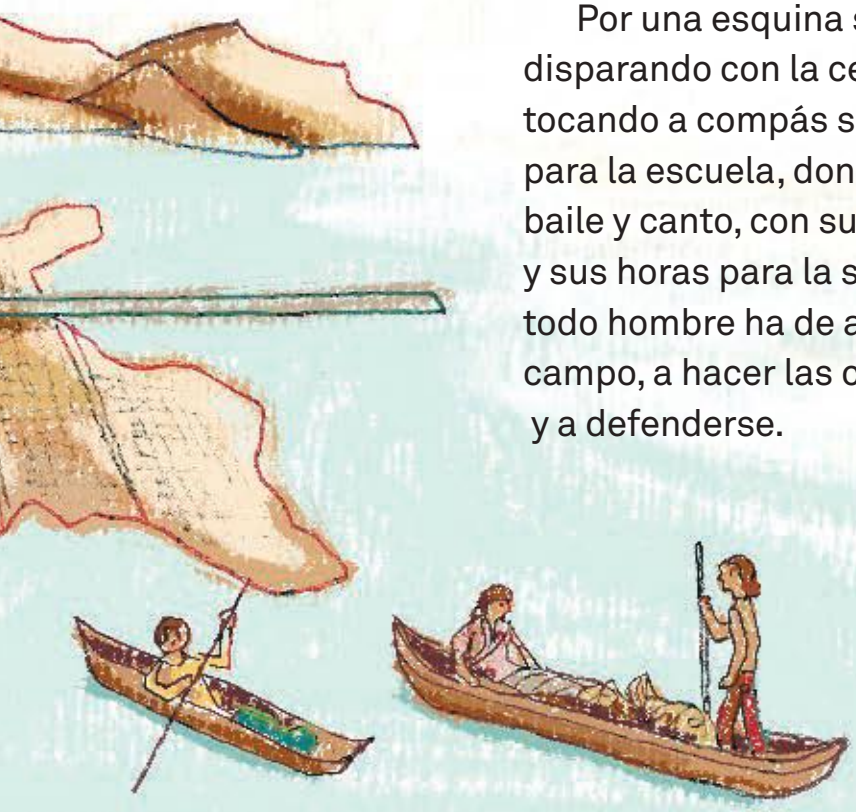


En unas vendían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico.

Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Huitzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros.

En las calles, abajo, la gente iba y venía, en sus túnicas cortas y sin mangas, blancas o de colores, o blancas y bordadas, y unos zapatos flojos, que eran como sandalias de botín.

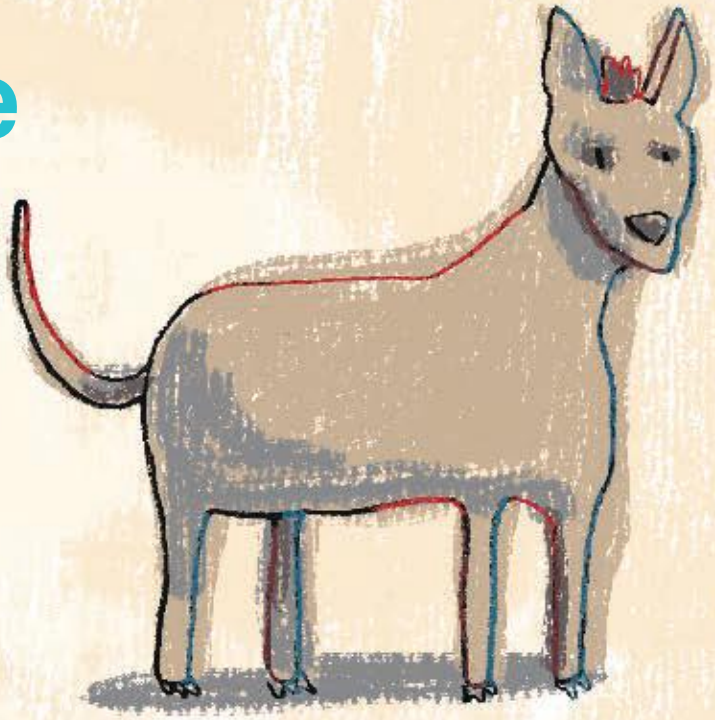
Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos y a defenderse.



Busca en tu Biblioteca Escolar el libro *Cándido*, de Martha Romo, que habla de un niño durante la Revolución Mexicana.

El escuintle

Texto: Rafael Heliodoro Valle
Ilustración: Julián Cicero



Es un perro pequeño, originario de México. Su extraño aspecto se debe a que es un perro pelón. Tiene la piel de color gris, parecida a la del elefante, y sólo en la punta de su rabo tiene una mota de pelo áspero. Sus orejas y sus patas son cortas.

Los antiguos mexicanos lo apreciaban porque, como la mayoría de los perros, era amigo del hombre, muy inteligente y doméstico. También lo consideraban un alimento sabroso.

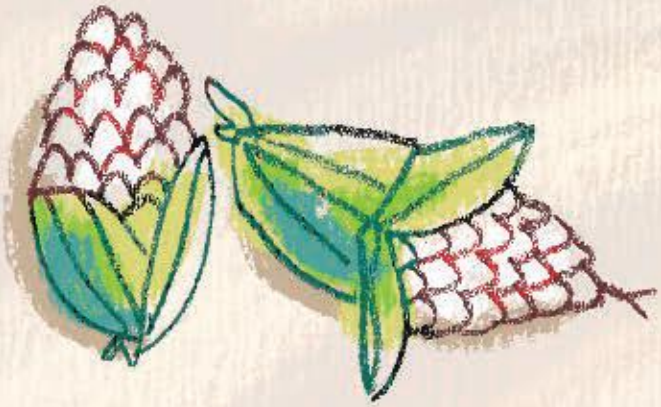
En las tumbas indígenas, descubiertas en exploraciones arqueológicas, hemos aprendido que a los caciques y a los guerreros los sepultaban junto con joyas, armas e instrumentos de trabajo. Pero a veces también los enterraban con un escuintle. Esto lo hacían porque, según la mitología azteca, el perro acompañaría y serviría de guía al hombre en su camino al otro mundo, al Mictlán, o Tierra de la Muerte.

Actualmente sobreviven pocos ejemplares del escuintle. La especie se está extinguiendo por falta de protección.

Busca más aventuras de perros. En tu Biblioteca Escolar podrás encontrar *El perro azul*.

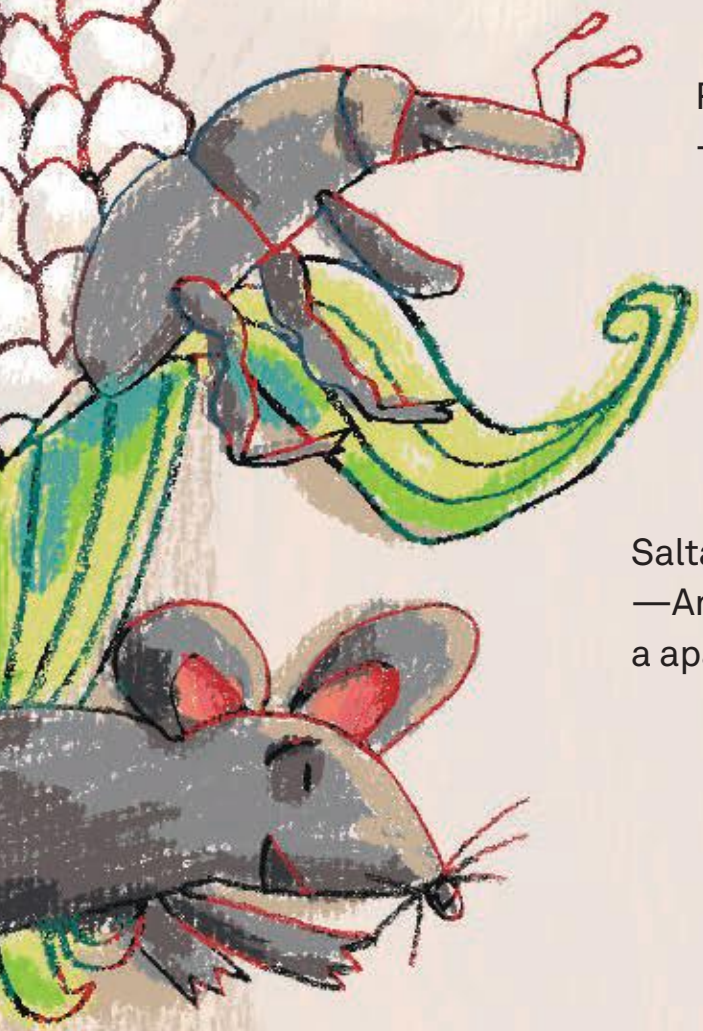
El piojo y la pulga [Fragmento]

TEXTO: Versión de Charro Gil
ILUSTRACIÓN: Julián Cicero



El piojo y la pulga se van a casar,
y no se han casado por falta de *maiz*.

Tiro lo tiro lo tiro liro liro,
tiro lo tiro lo tiro liro la.

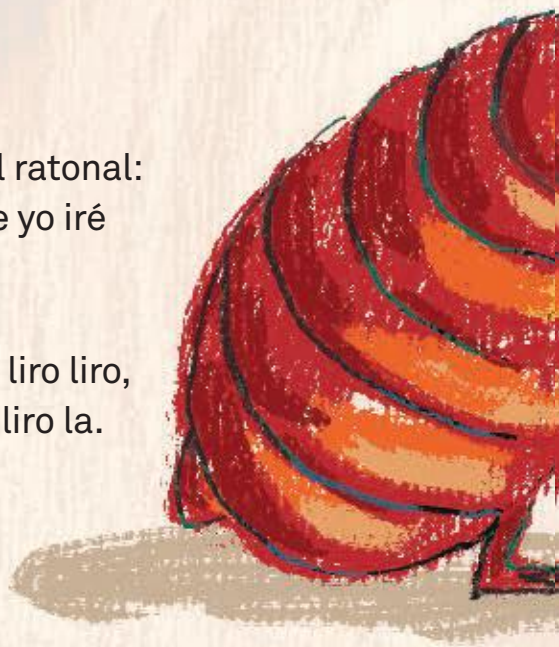


Responde el gorgojo desde su maizal:
—Hágase la boda que yo doy el *maiz*.

Tiro lo tiro lo tiro liro liro,
tiro lo tiro lo tiro liro la.

Salta el ratón desde el ratonal:
—Amarren al gato que yo iré
a apadrinar.

Tiro lo tiro lo tiro liro liro,
tiro lo tiro lo tiro liro la.



Salta la pulga que se desafina:
—Tráiganme unas naguas, yo seré madrina.

Tiro lo tiro lo tiro liro liro,
tiro lo tiro lo tiro liro la.

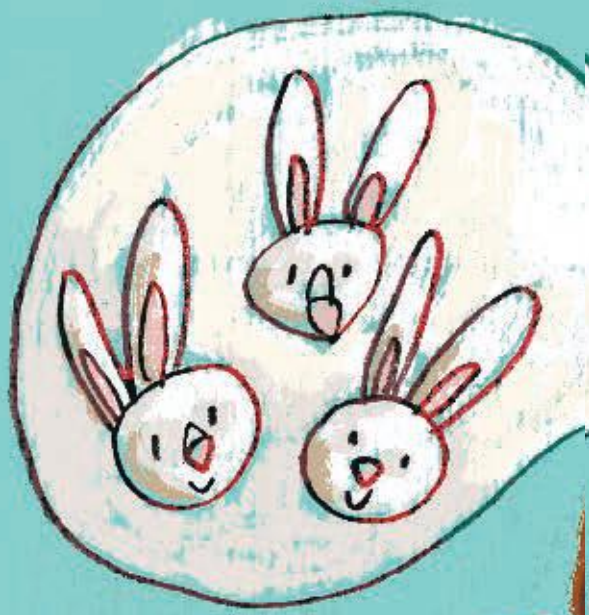
Se acabó la boda, hubo mucho vino,
se soltó el gatito y se comió al padrino.

Tiro lo tiro lo tiro liro liro,
tiro lo tiro lo tiro liro la.

Lee y canta más canciones en *¡A jugar!: Lírica popular*, de tu Biblioteca Escolar.

Pregón

Texto: Antonio Ramírez Granados
Ilustración: Julián Cicero



¡Acérquense por aquí!;
¡cambio y compro,
compro y vendo,
un cuento por otro cuento!

En mi costal de remiendos
traigo cuentos, cuenticuentos,
leyendas, coplas, en fin,
cosas de los tiempos idos
—para volverse a vivir—
y cosas de los tiempos nuevos.

¿Quién me cambia..., cambio y vendo,
un cuento por otro cuento?

En mi costal de hilos viejos
traigo cuentos de conejos.

En mi costal de hilo y parches
traigo cuentos de tlacuaches.

En mi costal con tirantes
traigo cuentos de elefantes.

En mi costal de hilo y pluma
traigo cuentos de la luna.

En mi costal sin zapatos
traigo el cuento de unos gatos

En mi costal con bigotes
traigo cuentos de coyotes.

En mi costal sin calzones
traigo cuentos de ratones.

En mi costal hecho a mano
traigo el cuento de un enano.

En mi costal con argüendes
traigo el cuento de unos duendes.

Y en el costal que te di
traigo el cuento que perdí.

¿Quién me cambia..., cambio y vendo,
un cuento por otro cuento?

¡Miren que no soy de aquí
y me voy dentro de un rato!;
¡cámbienme gato por liebre
y también liebre por gato!;
¡cambio, vendo, compro, aparto...!
¡Acérquense y hacemos trato!

Si te divertiste con este pregón, encuentra más versos sobre animales, paisajes y las alegrías y tristezas de la gente en *Amapolita: coplas*, compilación de Jorge Arturo Abascal Andrade, de tu Biblioteca Escolar.

Los duendes

Texto: Luis de la Peña
Ilustración: Julián Cicero

La tienda de don Manuel era la más surtida del pueblo. En sus mostradores todo se veía muy bien acomodado.

Don Manuel vivía atrás de su tienda, todas las noches la cerraba con tres candados y se iba a su casa.

Una noche, don Manuel y su familia oyeron ruidos que venían de la tienda.

"¿Serán ratas? Mañana pongo trampas", pensó don Manuel.

de la tienda

Al otro día, cuando abrió la tienda, encontró todo patas para arriba. Aquello era un verdadero desastre.

La mercancía de los mostradores estaba tirada en el suelo, los sacos de maíz y frijol despanzurrados; los tomates apachurrados.

Esa noche, don Manuel estuvo muy atento a cualquier cosa que se oyera.

Ya muy tarde, después de la medianoche, se oyó un ruidero bárbaro.

Don Manuel y su familia fueron a ver qué sucedía en la tienda. Cuando abrieron la puerta se llevaron una gran sorpresa.

Adentro había un montón de duendes haciendo travesuras. Bailaban, jugaban y en todas partes hacían un tremendo desorden.

Luchar contra los duendes era inútil. Lo único que podían hacer era cambiarse a otra casa.

Don Manuel y su familia empacaron todas sus cosas y las de la tienda. Subieron los bultos a una carreta y se fueron a buscar otra casa en otro pueblo.

Ya iban en el camino, cuando la esposa de don Manuel se acordó que había dejado la escoba en la tienda. El más pequeño de sus hijos se ofreció a ir por ella.

"No te preocupes, aquí la traigo", dijo un duende que salió de entre unos costales. Y enseguida se oyeron risitas adentro de la carreta.

Y si piensas que don Manuel, el dueño de la tienda, tenía problemas, lee *El duende del mar*, de tu Biblioteca Escolar.

Cómo fue que Margarito se desenduendó

Texto: Tradición oral del sur de Jalisco
Ilustración: Julián Cicero

Un día Margarito necesitó ayuda de los duendes, así que les llevó su regalito y obtuvo lo que quería. Pero de ahí en adelante, los duendes siempre andaban junto a él.

Si se iba a la siembra, a su lado caminaban los duendes. Si tomaba rumbo al mercado, a su alrededor corrían los duendes. Si platicaba con sus amigos, los duendes se le quedaban mirando con tamaños ojotes.

Además, como sucede en estos casos, sólo Margarito podía verlos y oírlos. Sólo él y nadie más tenía que aguantarlos.

Al poco tiempo, Margarito ya estaba harto de ellos. Entonces se acordó de que los duendes son muy orgullosos, de que siempre presumen de cumplir lo que se les pide. Con eso en mente, se le ocurrió algo que a lo mejor lo libraba de esos duendes encimosos. Y puso manos a la obra, que al fin peor sería no hacer nada.

—Oigan, monigotitos —les dijo Margarito—, vayan al charco que está más allá de la milpa y traigan agua para llenar la pila.

Lo importante no era la distancia entre el charco y la pila, sino que Margarito les dio unos cedazos para traer el agua. El caso es que los duendes se fueron muy campantes, cada uno con su pedazo de tela. Y por supuesto, no pudieron traer nada, ya que cargaban el agua y el líquido se escurría por el tejido de la tela. Cada que llegaban a la pila, ya no tenían ni una gota que echar.

Los duendes se avergonzaron de no cumplir lo que se les pidió y desaparecieron. De esa manera, Margarito se libró de ellos.

Busca más historias, no sólo de duendes, sino también de encantados, santos y aparecidos, además de juegos divertidos, en *Así cuentan y juegan en el sur de Jalisco*, de tu Biblioteca Escolar.

La sopa de piedra

Texto: Fábula tradicional
Ilustración: Caldo de Pollo

Hace muchos años, llegaron unos viajeros a una pequeña aldea de Rusia. Eran dos jóvenes y un hombre mayor llamado Iván. Estaban muy cansados y hambrientos, porque habían recorrido una gran distancia. Cuando vieron la aldea se pusieron muy contentos, y pensaron que al fin podrían comer y descansar de su largo camino.

—Compañeros —comentó Iván—, estoy seguro de que, si le decimos cuánto hemos caminado, la gente de este pueblo compartirá su cena con nosotros.

—¡Qué bueno que llegamos! Siento un hoyo en el estómago por el hambre que tengo —dijo Boris, uno de los jóvenes viajeros.

Iván se acercó a una casa y tocó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer.

—Somos tres viajeros camino a nuestros hogares. ¿Podrías compartir con nosotros un poco de tu comida, buena mujer?

—¿Comida? No, no puedo. No tengo nada que compartir con ustedes.

—Gracias —contestaron los tres hombres.

Iván se acercó a otra puerta.

—Buenas tardes —saludó.

—¿Qué quieren? —preguntó sin cortesía una voz ronca.

—Quisiéramos algo de comer. Somos tres viajeros camino a nuestra casa. Hemos recorrido un tramo larguísimo y estamos hambrientos.

—No tengo nada que invitarles —contestó el hombre desde la ventana.

Iván tocó otra puerta, pero obtuvo el mismo resultado: nadie abrió y mucho menos lo invitaron a cenar.

—¡Qué gente tan egoísta! —dijo Boris.

—No saben compartir —confirmó Mikolka, el otro viajero.

—¡Ya sé! —exclamó Iván—. Vamos a darles una lección a estas personas. ¡Les enseñaremos a hacer sopa de piedra!

—¡Qué buena idea! —dijeron sus compañeros.

Algunos de los aldeanos miraban por las ventanas, esperando que los extraños se fueran del lugar.

—¿Todavía no se van? —preguntó un viejo.

—¡Aquí no queremos vagabundos! —amenazó una mujer.

Mientras tanto, los viajeros prendieron una fogata en medio de la aldea. Sobre el fuego colocaron una olla que encontraron abandonada en un patio.

—Vamos al arroyo por agua —dijo Boris.

—Está bien. Y no olviden traer unas piedras para la sopa —gritó Iván para asegurarse de que todos en el pueblo lo oyeran—; pero elijan unas sabrosas y redonditas.

Al poco rato, los compañeros de Iván regresaron con unas piedras y las pusieron dentro de la olla.

—Esta sopa va a quedar muy rica —dijeron los tres.

Los aldeanos, que habían estado muy pendientes de todos los movimientos de los visitantes, salieron de sus casas y se acercaron al fuego.

—¿Qué están haciendo? —preguntó uno de ellos.

—¡Oh!, sólo un poco de sopa de piedra —contestó Boris.

—¿Sopa de piedra? Yo nunca había oído de esa sopa.

—¿Nunca ha probado la sopa de piedra? —dijo Iván—. ¡Ah! Entonces acompáñenos a cenar para que la pruebe. ¡Compañeros! Hoy tenemos un invitado para la cena. Debemos agregar otras piedras a la sopa.

—Muy bien —dijo Boris, y dirigiéndose al aldeano preguntó—: Disculpe, buen hombre, ¿de casualidad tendrá usted una cuchara? No estaría bien que moviéramos la sopa con una varita hoy que lo tenemos a usted como invitado.

—Sí, sí —dijo el aldeano—. Voy por ella.

—Es usted muy generoso —agradeció Mikolka.

Una aldeana se acercó para ver qué pasaba. Una de sus amigas también salió de su casa y le preguntó:

—¿Qué hacen esos hombres?

—Dicen que preparan sopa de piedra.

—¿Y tomaron las piedras de nuestro arroyo?

—Sí, amiga, y te diré que esa sopa huele muy rico.

—Pues yo no huelo nada, qué raro.

—La verdad es que yo tengo mucha hambre.

El aldeano que había ido a buscar la cuchara regresó y además trajo su plato.

Boris comenzó a mover la sopa de piedra y luego la probó.

—¡Mmm, está muy rica! Sólo le falta un poco de cebolla.

Las dos amigas ya se habían acercado al fuego y una de ellas dijo que tenía una cebolla en su casa.

—¡Qué bien! —exclamó feliz Mikolka—. Así le daremos un mejor sabor a nuestra sopa. Traiga también su plato para que cene con nosotros.

La mujer se echó a correr y enseguida volvió con varias cebollas. Boris las puso en la olla de la sopa y después de un rato la probó de nuevo.

—¡Qué rica está!, pero con unas zanahorias quedaría mejor.

—Yo tengo algunas en mi casa —dijo otro de los aldeanos—. Voy por ellas.

Casi al instante el aldeano regresó con un pequeño costal de zanahorias muy limpias. Boris las agregó a la sopa y después de un rato volvió a probarla.

—Ya está mejorando más el sabor. Ahora sería buen momento para agregarle unas papas.

Un hombre entró a su casa y regresó con una canasta de papas lavadas y peladas. Boris las agregó a la sopa.

—¡Ay, no puede ser! ¡Son demasiadas papas, ya no sabrá bien la sopa! —gritó Iván.

Los aldeanos se miraron decepcionados. "¡Qué pena, tan rica que estaba quedando!", pensaron.

—Todavía se puede arreglar —dijo Boris—. ¿Qué les parece si agregamos un poco de carne?

—Yo tengo en casa —dijo otro aldeano—. Voy por ella. Por fin el aldeano trajo la carne y se la agregaron a la sopa.

Mientras la sopa terminaba de cocinarse, varias personas de la aldea se acercaron para preguntar a los viajeros si cualquiera podía hacer sopa de piedra.

—¡Claro que sí! —afirmaron Iván y sus compañeros—. Sólo se necesita agua, piedras y un poco de hambre.

Luego de un rato aquella sopa empezó a oler realmente delicioso. Iván les dijo a los aldeanos:

—¡Qué piedras más ricas hay en esta aldea! La sopa va a quedar muy sabrosa, ¿por qué no traen todos su plato y así compartimos esta nutritiva sopa?

Todos los aldeanos disfrutaron de una rica cena mientras Iván, Boris y Mikolka comían y contaban historias sobre los lugares lejanos que habían visitado.

Busca más historias y cuentos de tradiciones en *Cuentos ocultos de Europa del Este*, de tu Biblioteca Escolar.

El armadillo y el león

Texto: Luis de la Peña
Ilustración: Esmeralda Ríos

Cuentan que un día, en un valle rodeado de montañas, se encontraron un león y un armadillo.

—Buenos días, amigo —dijo el león.

—Buenos días —contestó el armadillo.

—¿Qué haces por aquí?

—Ya lo ves, amigo león, estoy comiendo.

—¿Sabes, armadillo?, traigo mucha hambre y te ves muy sabroso. Te voy a comer.

—No me comas —contestó el armadillo—. ¡Pobre de mí! Soy muy chiquito. Ni siquiera te vas a embarrar los dientes si me comes.

—Pues te voy a comer —insistió el león—. Y estuvieron un buen rato, el león a que sí y el armadillo a que no.

Tanto estuvo el león insistiendo, que el armadillo dijo:

—Está bien, cómeme. Sólo te pido un favor...

—¿Cuál es ese favor? —preguntó el león.

—Que me lleves hasta arriba de aquella montaña, ésa que se ve allá a lo lejos.

—Bueno, te llevo —aceptó el león.

El armadillo se trepó en el lomo del león y echaron a andar.

Así anduvieron, camine y camine, hasta que llegaron a la mitad de la montaña.

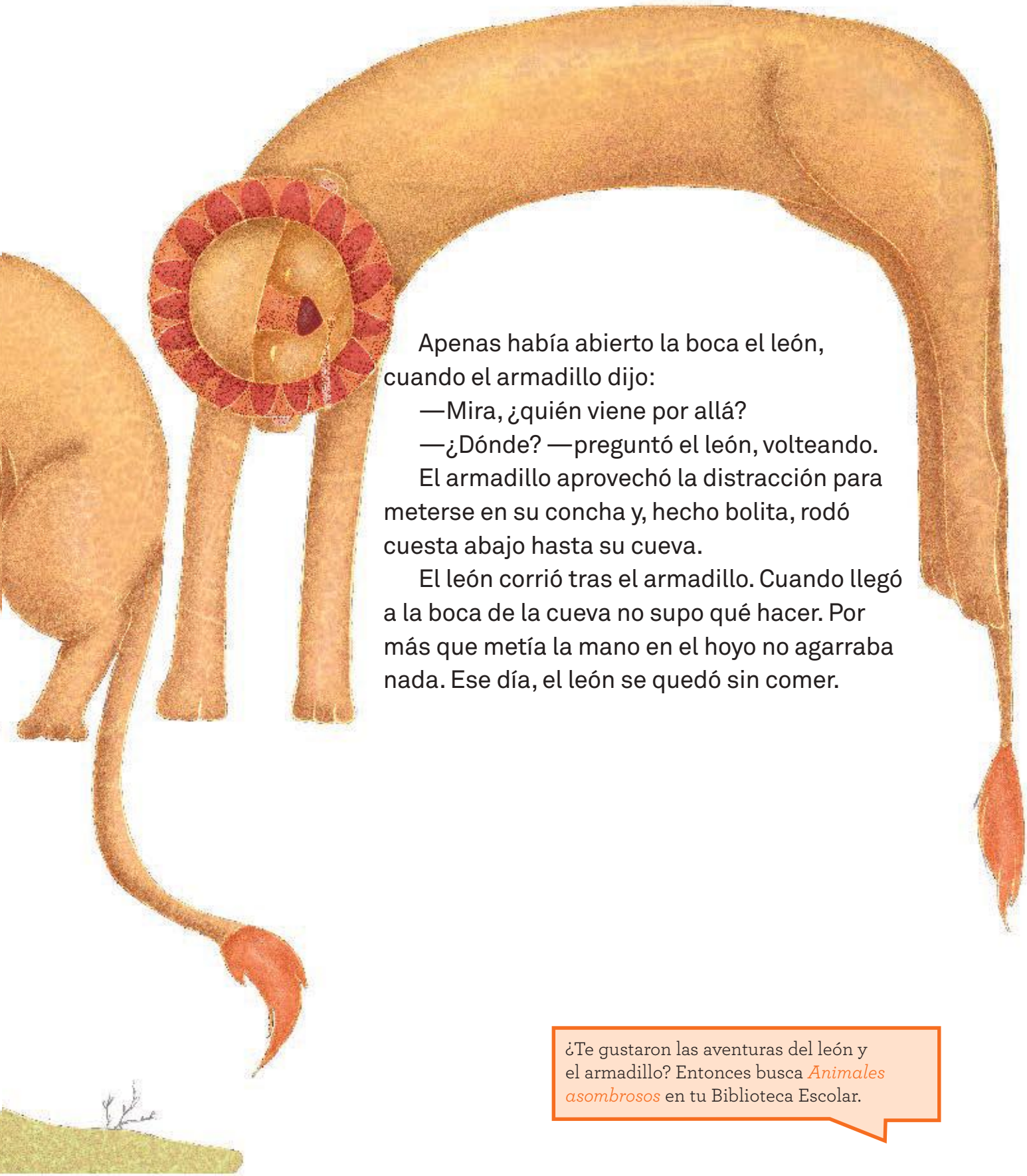
—Aquí vamos a descansar tantito —dijo el león—. Pensándolo bien, mejor te como de una vez. De tanto caminar ya no aguanto el hambre —agregó el león.

—Está bien —contestó el armadillo—, pero primero canta una canción para que baile un poco. Cuando termines me comes.

El león aceptó y se puso a cantar. El armadillo bailó con mucha gracia al ritmo de la canción. Por fin terminó de cantar el león.

—Ahora sí te voy a comer.

—Cómeme, pues.



Apenas había abierto la boca el león, cuando el armadillo dijo:

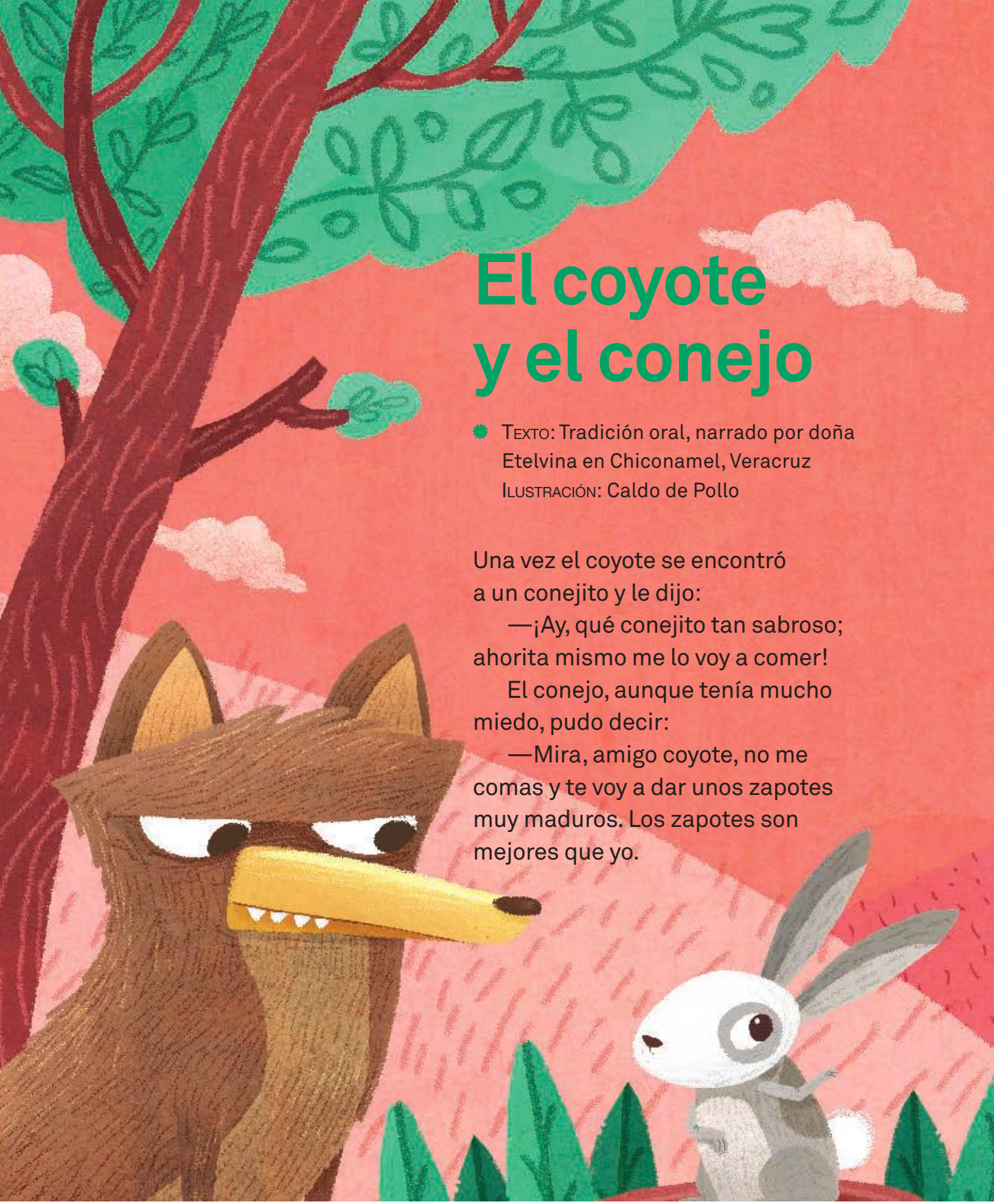
—Mira, ¿quién viene por allá?

—¿Dónde? —preguntó el león, volteando.

El armadillo aprovechó la distracción para meterse en su concha y, hecho bolita, rodó cuesta abajo hasta su cueva.

El león corrió tras el armadillo. Cuando llegó a la boca de la cueva no supo qué hacer. Por más que metía la mano en el hoyo no agarraba nada. Ese día, el león se quedó sin comer.

¿Te gustaron las aventuras del león y el armadillo? Entonces busca *Animales asombrosos* en tu Biblioteca Escolar.



El coyote y el conejo

- Texto: Tradición oral, narrado por doña Etelvina en Chiconamel, Veracruz
  Ilustración: Caldo de Pollo

Una vez el coyote se encontró a un conejito y le dijo:

—¡Ay, qué conejito tan sabroso; ahorita mismo me lo voy a comer!

El conejo, aunque tenía mucho miedo, pudo decir:

—Mira, amigo coyote, no me comas y te voy a dar unos zapotes muy maduros. Los zapotes son mejores que yo.

El coyote se dejó convencer, y mientras se comía los zapotes, el conejito se peló, se fue corriendo, dando grandes saltos. El coyote alcanzó a verlo y le siguió los pasos. Corrió y corrió hacia el carrizal hasta que lo alcanzó. Entonces le dijo:

—Ahorita sí te voy a comer porque me engañaste a lo vil.

—Mira —le contestó el conejito— no me comas y te voy a llevar a una pachanga, a una boda. Vas a ver qué bonita se va a poner la fiesta. Habrá música, mucha comida y mucho que tomar. Tú vas a tocar la guitarra y yo también.

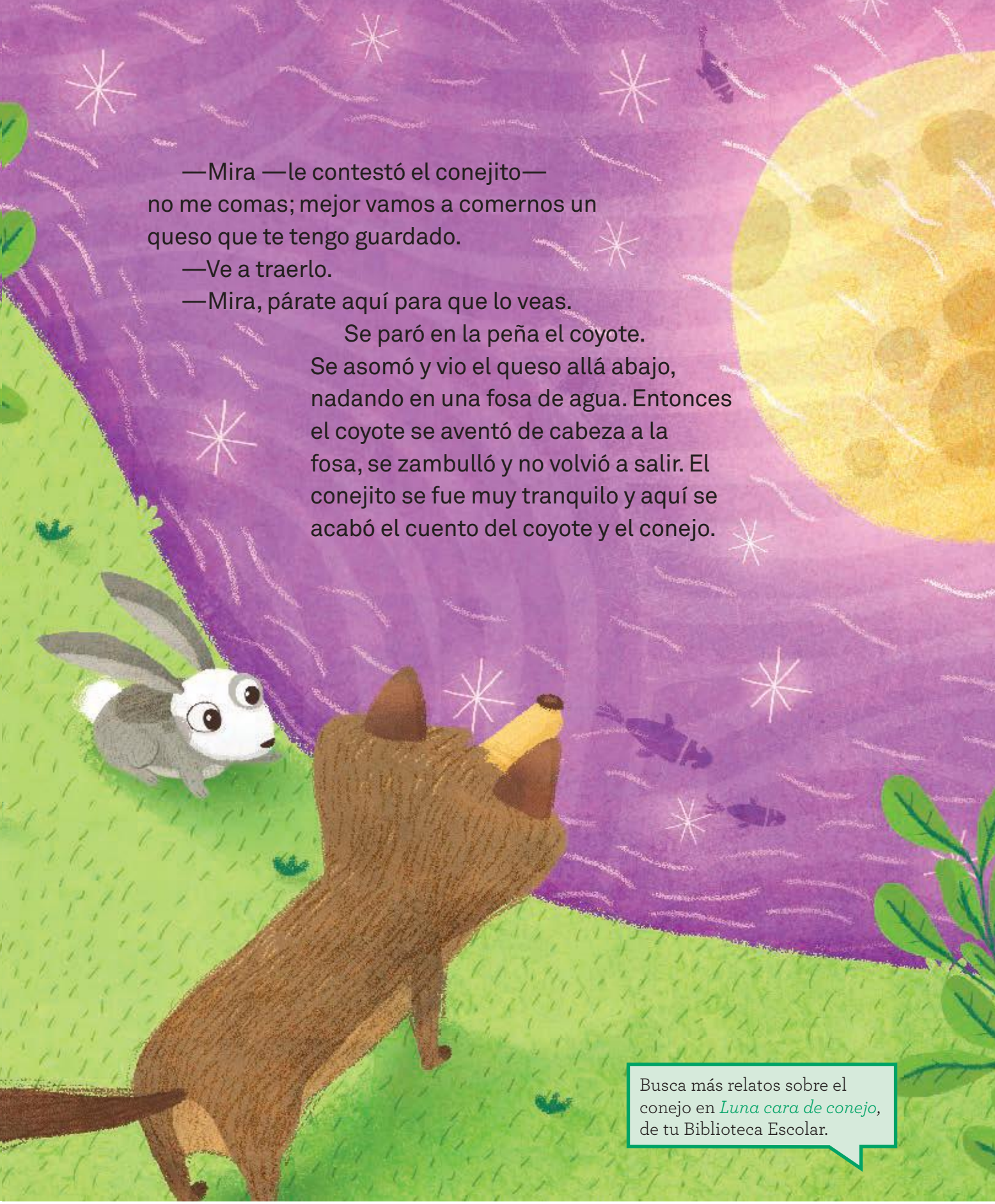
Y sin que el coyote lo viera, ni darle tiempo a decir nada de nada, el conejito le prendió lumbre al carrizal. Luego le dijo al coyote:

—Cuando oigas que están tronando los cohetes, con más ganas le das a la guitarra. ¡Vamos a divertirnos un rato!

Tronaban los carrizos y el coyote tocaba y tocaba la guitarra creyendo que eran los cohetes los que tronaban, cuando en realidad era el carrizal que se estaba quemando.

Ya venía la lumbre cerca del coyote, ya mero lo iba a quemar cuando el conejito dio un brinco y se escapó. Con mucho trabajo el coyote pudo salvarse de la lumbre y siguió tras los pasos del conejo. Y allá, no muy lejos, vio una peña desde la que se veía, en medio del cielo, la Luna, redondita como un queso. El coyote encontró al conejo y le dijo:

—¡Ah, conejito, cómo me engañaste! Me querías quemar, ¿verdad? Pero vas a ver, ahora sí te voy a comer.



—Mira —le contestó el conejito— no me comas; mejor vamos a comernos un queso que te tengo guardado.

—Ve a traerlo.

—Mira, párate aquí para que lo veas.

Se paró en la peña el coyote. Se asomó y vio el queso allá abajo, nadando en una fosa de agua. Entonces el coyote se aventó de cabeza a la fosa, se zambulló y no volvió a salir. El conejito se fue muy tranquilo y aquí se acabó el cuento del coyote y el conejo.

Busca más relatos sobre el conejo en *Luna cara de conejo*, de tu Biblioteca Escolar.

Its’ [Tének, huasteco]

- Texto: Lázaro Vázquez Castillo
  (9 años, Anexo San José, Huehuetlán, San Luis Potosí)
  Ilustración: Caldo de Pollo

Yetse’ alabel its’
i pulik ani kuechochol
eteel juni dhak wits,
axi u tsu’u’ tiwa’ bochol.

I tejwamel ti bichow ani ti kuenchal
juyéj ti ts’en ani ti pakw’chal.
Ani an alabel tsunel koy
teé tsabaal i tsu’ tal k’an oweel
eteel i yoy.

Luna [Texto traducido]

Gran luna bonita,
grande y redonda
pareces la flor blanca
que vi sembrada allá.

Te vemos en los pueblos,
en la sierra y en los planos
y tu bonito conejo
desde la tierra parece
del tamaño de un zancudo.

Busca más poemas para disfrutar la música que hay en las palabras en *La suerte cambia la vida*, en <http://bit.ly/1jTMYi4>.

Julito [Fragmento]

Texto: Jaime Sabines
Ilustración: Caldo de Pollo

—Mira la luna. La luna es tuya, nadie te la puede quitar. La has atado con los besos de tu mano y con la alegre mirada de tu corazón. Sólo es una gota de luz, una palabra hermosa. Luna es la distante, la soñada, tan irreal como el cielo y como los puntos de las estrellas. La tienes en las manos, hijo, y en tu sonrisa se extiende su luz como una mancha de oro, como un beso derramado. Aceite de los ojos, su claridad se posa como un ave. Descansa en las hojas, en el suelo, en tu mejilla, en las paredes blancas, y se acurruca al pie de los árboles como un fantasma fatigado. Leche de luna, ungüento de luna tienen las cosas, y su rostro velado sonríe.

Te la regalo, como te regalo mi corazón y mis días. Te la regalo para que la tires.

Aprende más sobre las imágenes y sonidos que crean las palabras en los poemas, leyendo *Que me bautice el viento: Enriqueta Ochoa para niños*, de tu Biblioteca Escolar.

Allí había una niña

Texto: Jaime Sabines
Ilustración: Tania Recio

Allí había una niña.
En las hojas del plátano un pequeño
hombrecito dormía un sueño.
En un estanque, luz en agua.
Yo contaba un cuento.

Mi madre pasaba interminablemente
alrededor nuestro.
En el patio jugaba
con una rama un perro.
El sol –qué sol, qué lento–
se tendía, se estaba quieto.

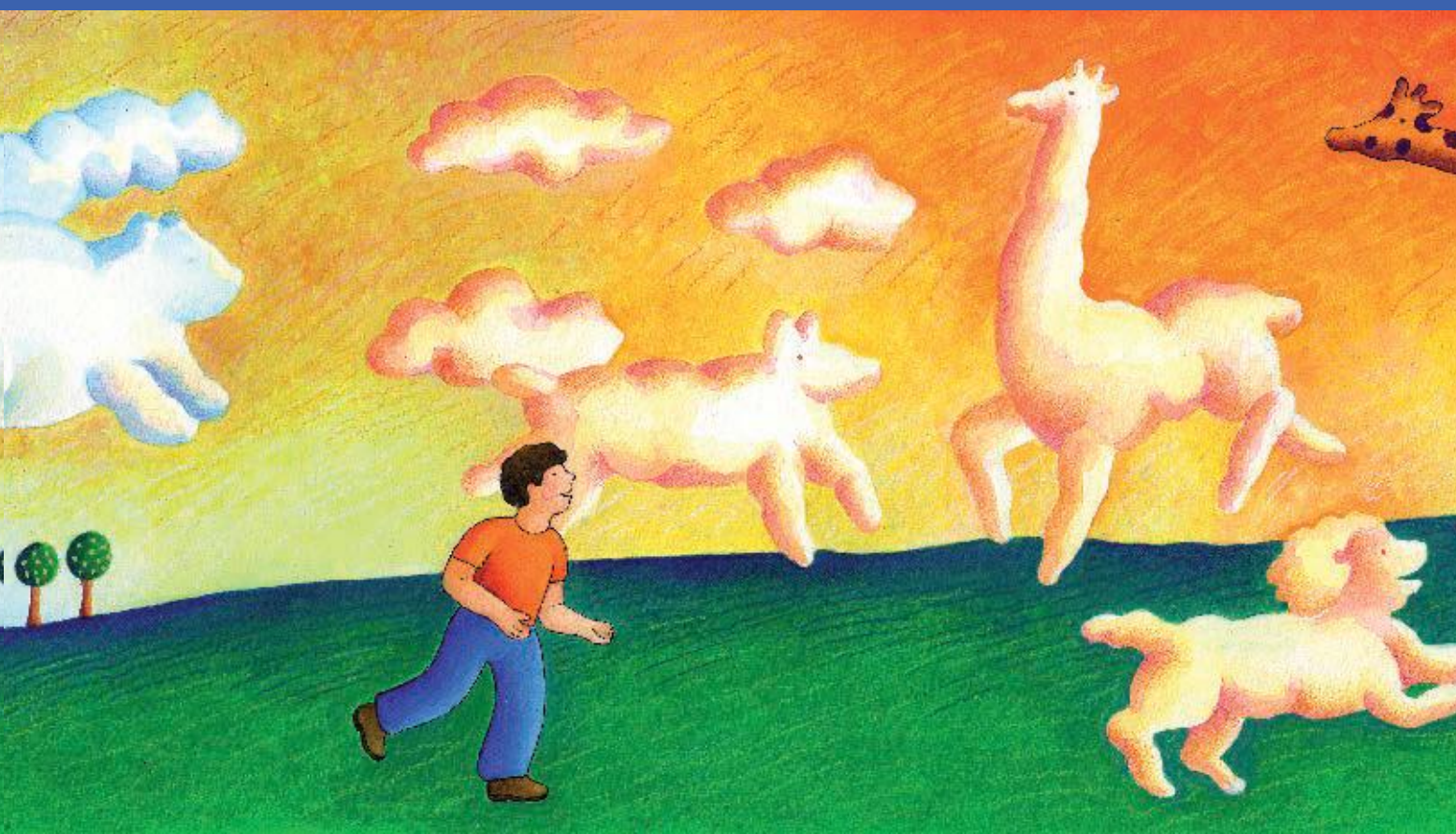
Nadie sabía qué hacíamos,
nadie, qué hacemos.
Estábamos hablando, moviéndonos,
yendo de un lado a otro,
las arrieras, la araña, nosotros, el perro.
Todos estábamos en la casa
pero no sé por qué. Estábamos.
Luego el silencio.

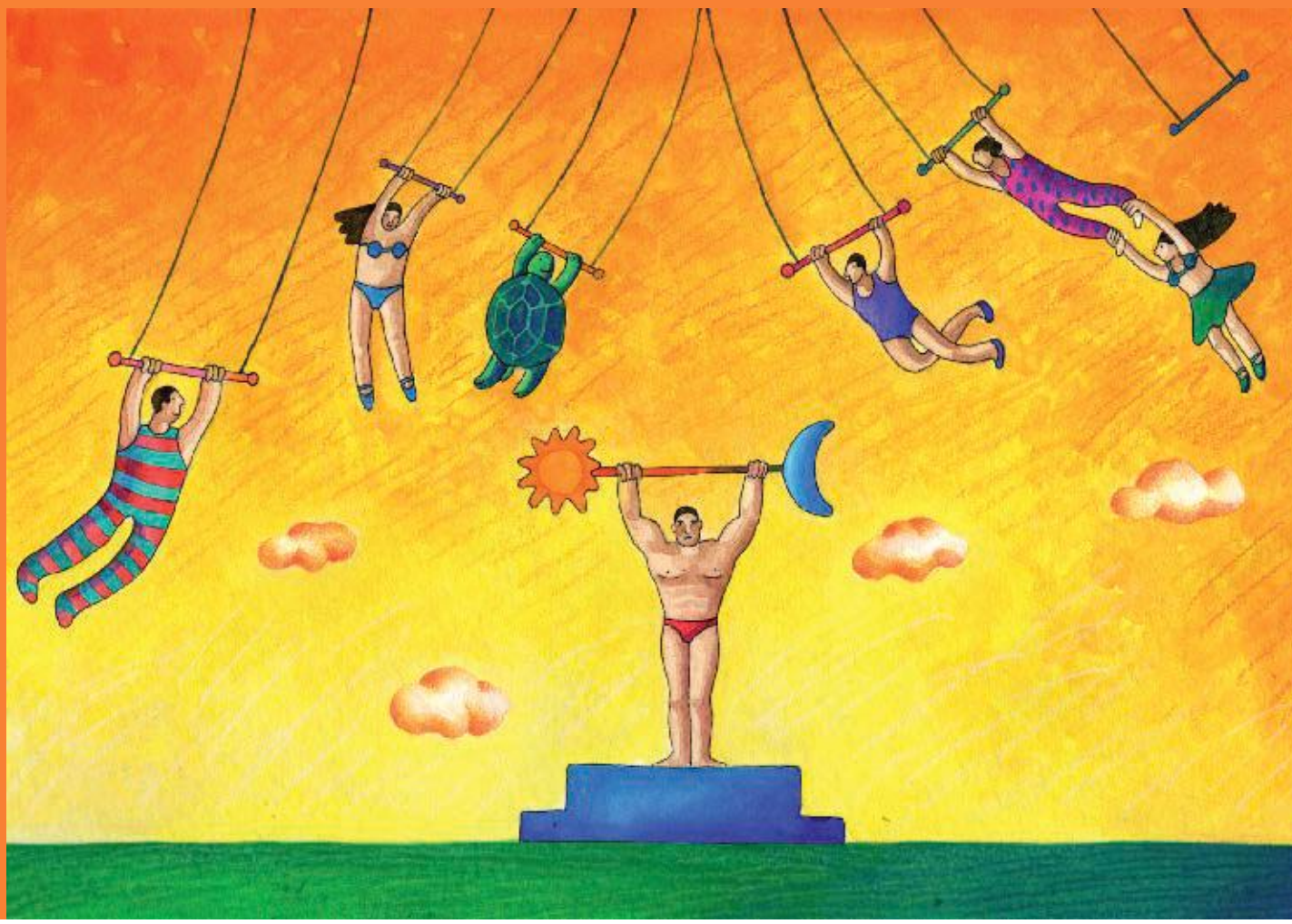
Ya dije quién contaba un cuento.
Eso fue alguna vez porque recuerdo
que fue cierto.

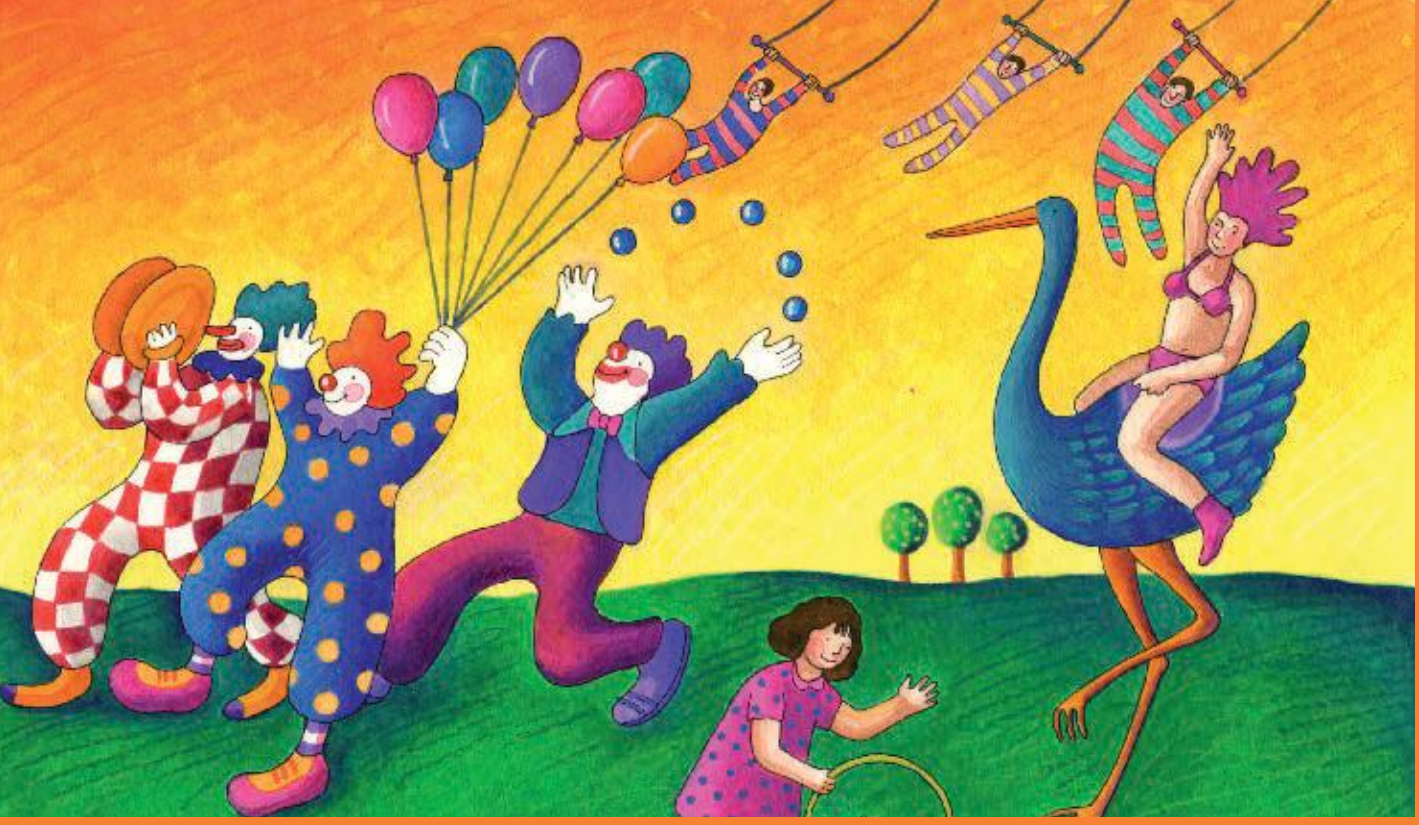
Conoce qué desea la princesa al leer *Sonatina* de Rubén Darío. En este bello poema, las palabras y los versos tienen el sonido de un instrumento musical. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

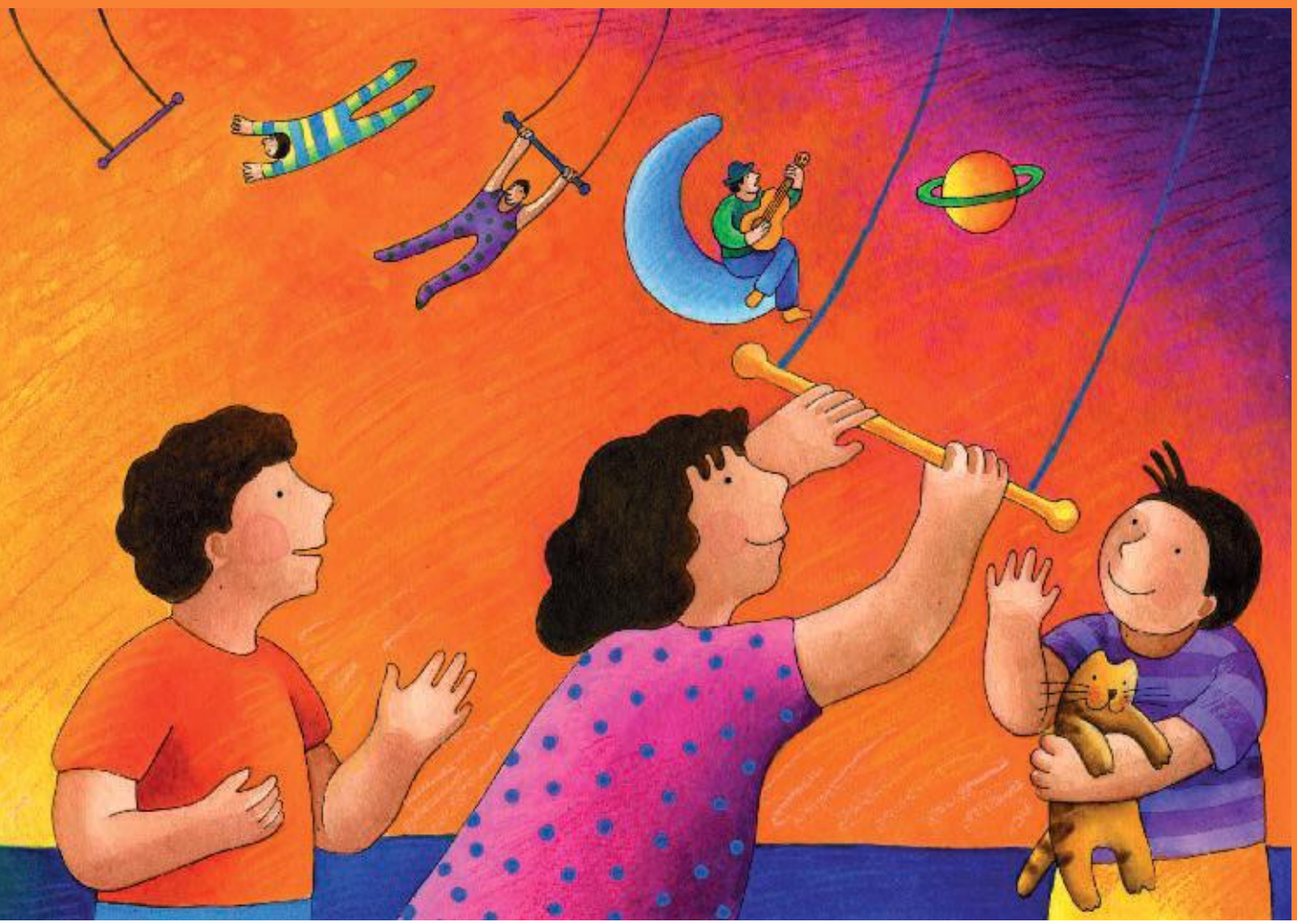
Un brinco al cielo

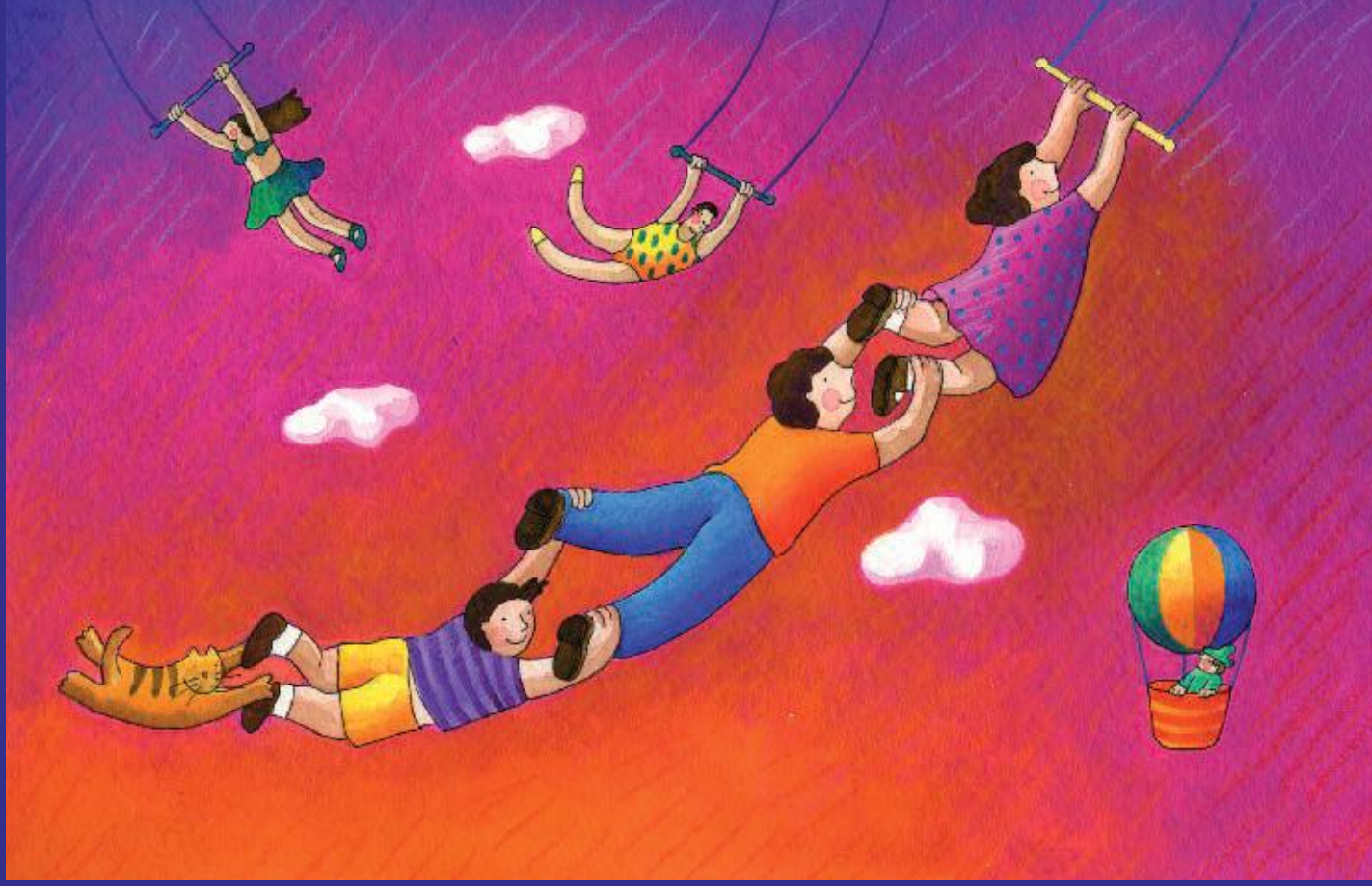
Felipe Ugalde

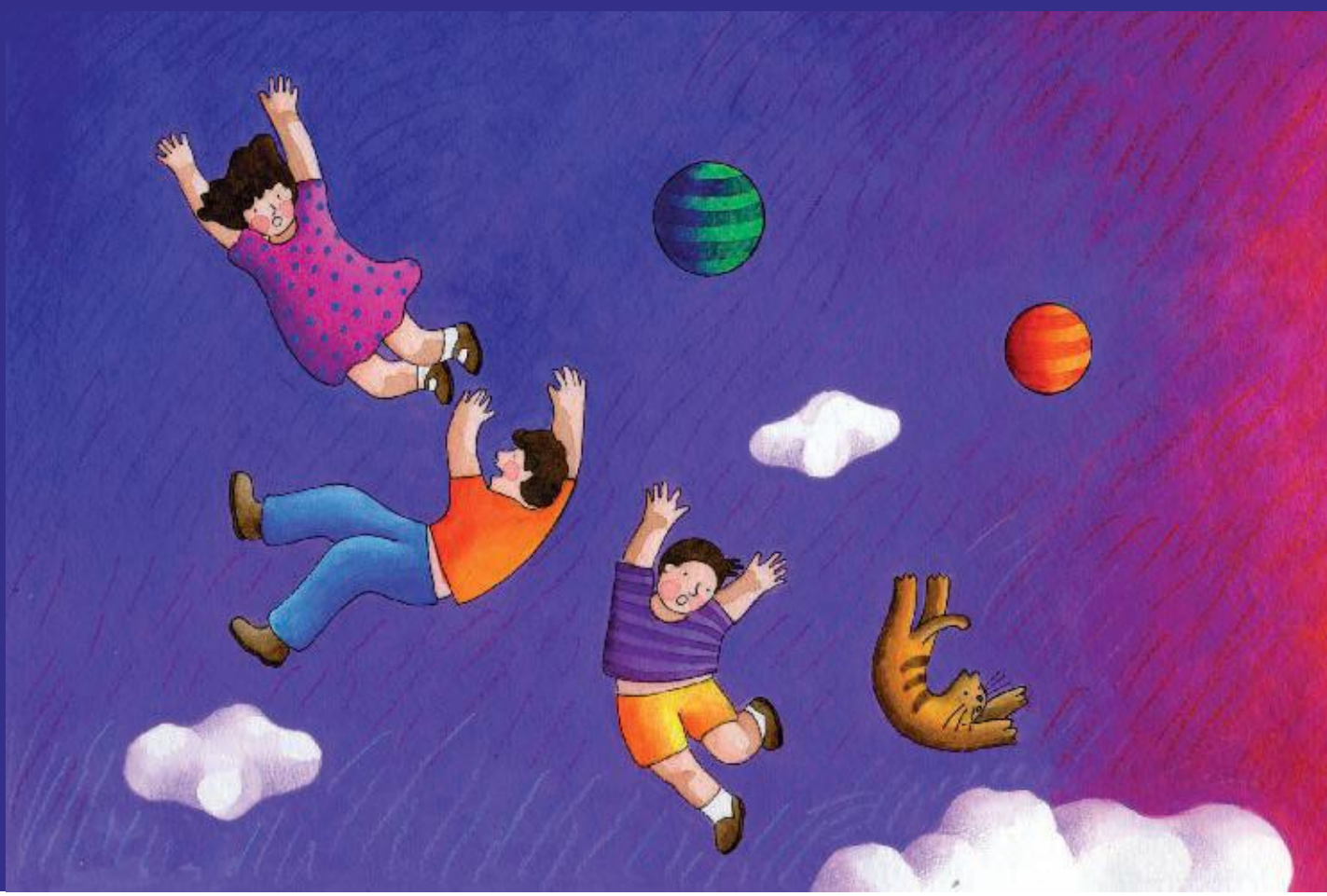


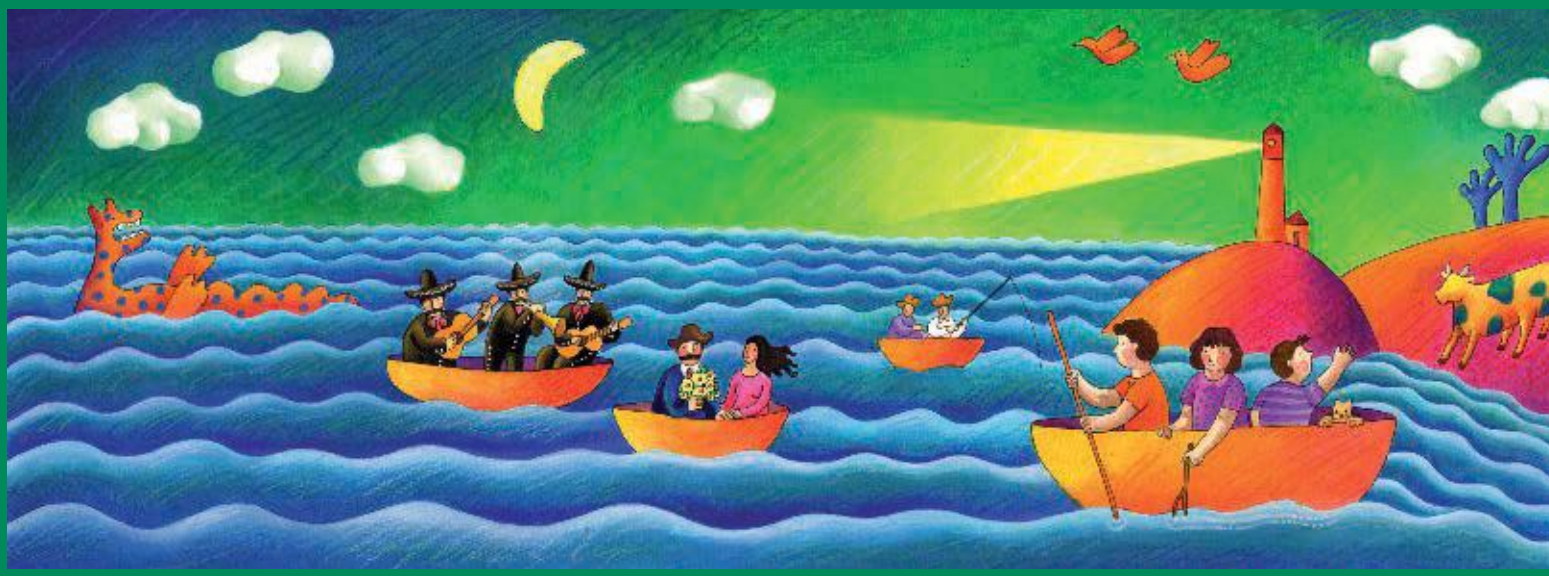








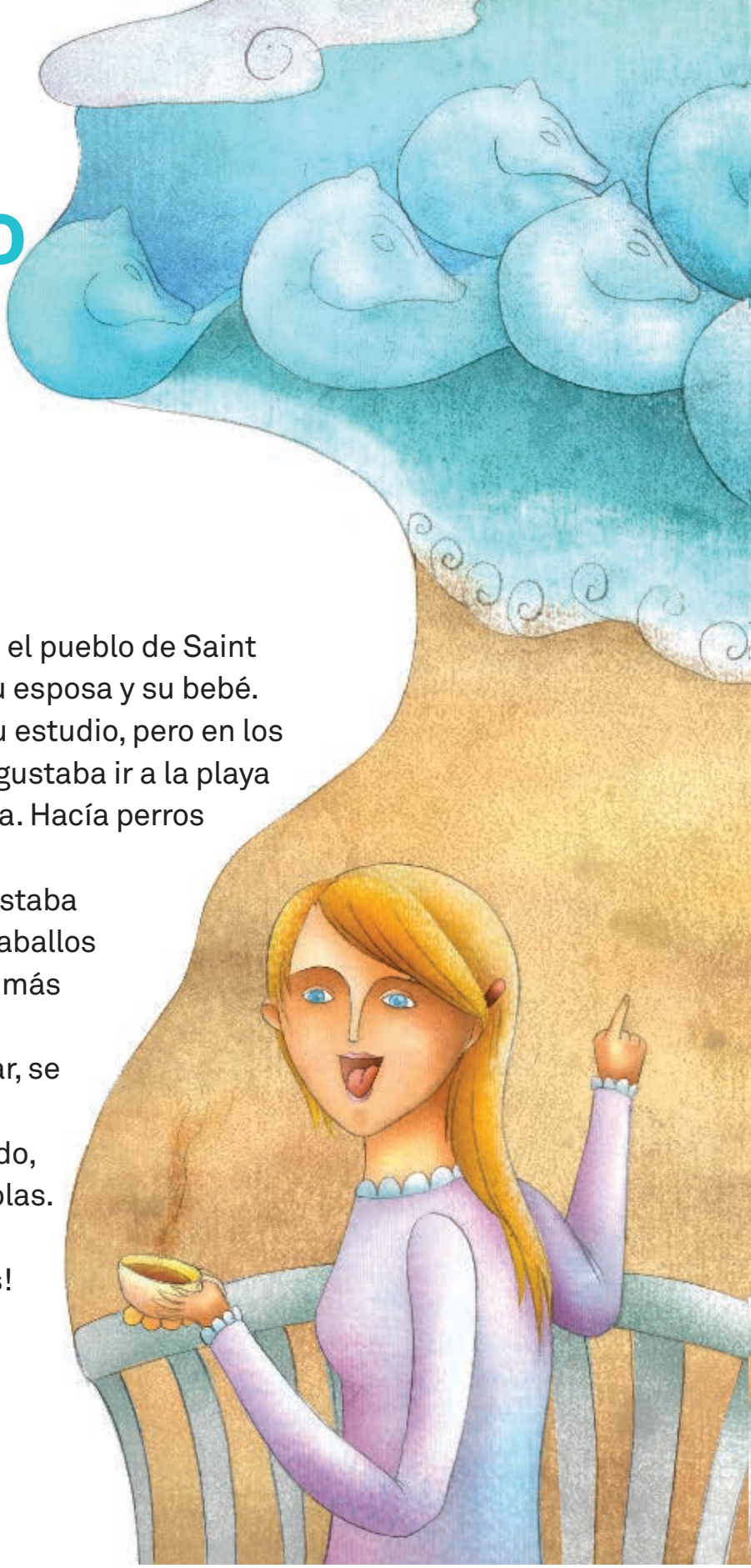




Conoce otras historias narradas con imágenes en *Atrás de la raya*, de tu Biblioteca Escolar.

El caballo de arena

Texto: Ann Turnbull
Ilustración: Esmeralda Ríos



En una casa junto al mar, en el pueblo de Saint Ives, vivía un escultor con su esposa y su bebé.

El artista trabajaba en su estudio, pero en los días soleados del verano le gustaba ir a la playa a modelar animales de arena. Hacía perros y gatos, focas y delfines...

Pero más que nada, le gustaba hacer caballos, porque los caballos —decía— son los animales más bellos que existen.

Una mañana, al despertar, se encontró ante un cielo azul, un viento vivo y un mar picado, con crestas blancas en las olas.

—¡Mira! —exclamó su esposa— ¡Caballos blancos!

En algunos lugares, cuando el mar está agitado y las olas tienen crestas blancas, la gente las llama *caballos blancos*.

Y ahora el artista podía verlos a lo lejos, en la bahía, retozando y galopando, sacudiéndose la espuma blanca de las crines.

—Hoy haré un caballo —dijo.

Entonces fue a la playa, demarcó un espacio, dejó su sombrero en la arena y se puso a trabajar.

Primero trajo agua del mar y remojó la arena seca. Luego se puso a palmear y modelar la arena.

Poco a poco, el caballo empezó a tomar forma: los músculos y los cascos, la cabeza erguida y las crines ondulantes.

La playa comenzó a llenarse de gente. Se paraban a admirar el caballo de arena. Y tanto les gustaba que dejaban dinero y las monedas tintineaban en el sombrero del artista.

El caballo iba creciendo. Era un caballo al galope. Un caballo que galoparía para siempre, aunque tendido en la arena, fijo sobre uno de sus costados.

El escultor dedicó todo el día a su caballo, dando formas perfectas a los músculos de las piernas y el cuello, acentuando cada onda de sus crines.

Trabajó hasta la puesta del sol, cuando se sintió el frío en la playa. Entonces, las familias empezaron a irse, plegando sus sillas de tijera y sacudiéndose la arena.

El artista recogió las monedas de su sombrero y también partió.

Al quedarse solo, el caballo de arena comenzó a despertar.

Estaba vivo, pero no podía moverse. Abrió su único ojo, pero sólo veía nubes. Con su único oído escuchó las gaviotas, el rugir y suspirar del mar. Y, mezclados con los estallidos de las olas, oyó suaves, casi imperceptibles relinchos.

Una gaviota se le posó en el lomo y picoteó el aire con su pico filoso.

—Gaviota —preguntó el caballo de arena—, ¿qué son esos relinchos?

—Son los caballos blancos, allá en la bahía —respondió la gaviota.

—¿Qué están haciendo?

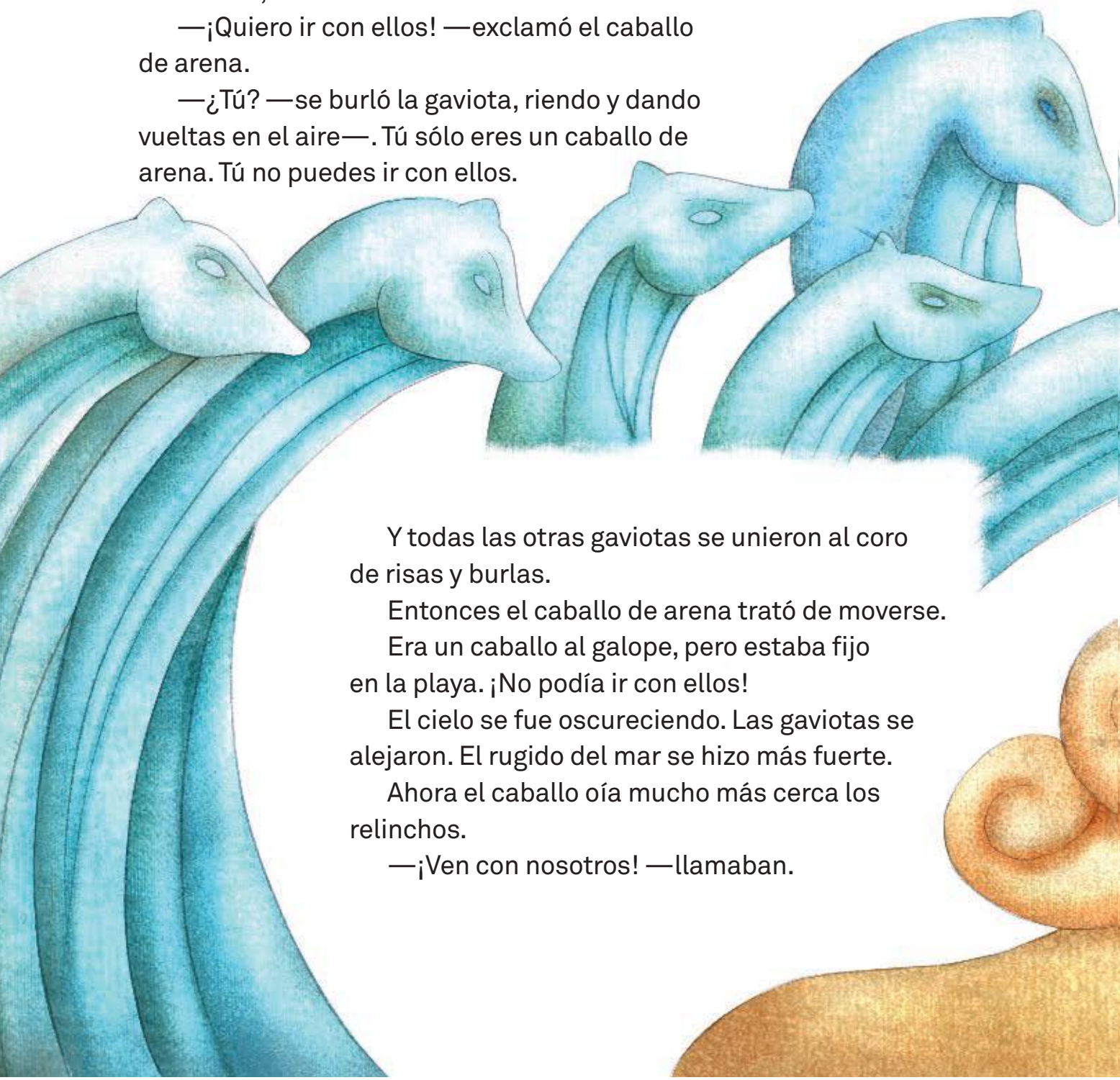
—Brincan, caracolean y sacuden sus colas.

—¿A dónde van?

—A todas partes, a todos los puertos, a todas las costas, a todos los horizontes.

—¡Quiero ir con ellos! —exclamó el caballo de arena.

—¿Tú? —se burló la gaviota, riendo y dando vueltas en el aire—. Tú sólo eres un caballo de arena. Tú no puedes ir con ellos.



Y todas las otras gaviotas se unieron al coro de risas y burlas.

Entonces el caballo de arena trató de moverse.

Era un caballo al galope, pero estaba fijo en la playa. ¡No podía ir con ellos!

El cielo se fue oscureciendo. Las gaviotas se alejaron. El rugido del mar se hizo más fuerte.

Ahora el caballo oía mucho más cerca los relinchos.

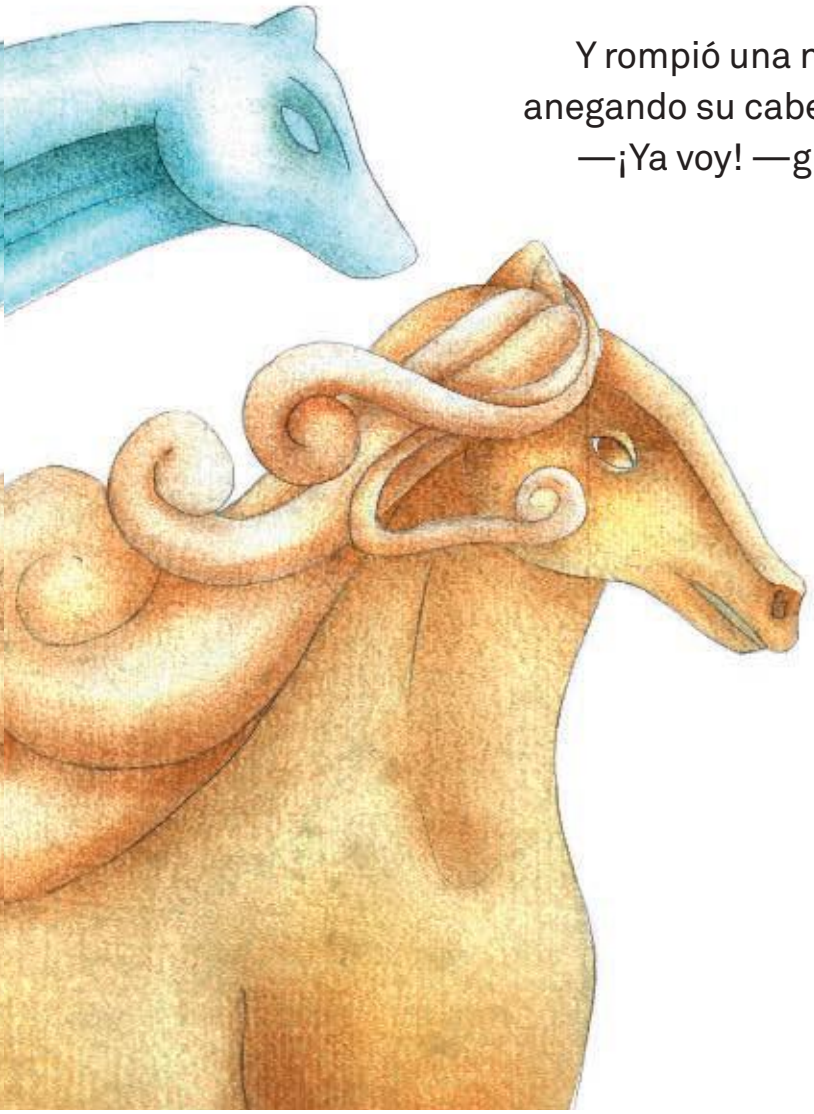
—¡Ven con nosotros! —llamaban.

Una ola estalló sobre la playa, bañándolo de espuma.

—¡Ven con nosotros! —repetían.

Otra ola rompió muy cerca y empapó al caballo de arena.

—¡Ven con nosotros! —llamaban los caballos blancos. ¡Vamos al último faro, al final de la tierra, detrás del horizonte!



Y rompió una nueva ola, inundándolo, anegando su cabeza y sus crines.

—¡Ya voy! —gritó—. ¡Espérenme!

Rompió otra ola y el agua corrió entre espumas a su alrededor, llenando todos los huecos. El mar lo absorbía, lo arrancaba, lo deslizaba por la playa.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritaba.

Entonces llegó hasta la playa una ola enorme que se irguió, se encorvó y se desplomó sobre el caballo de arena, arrastrando sus crines, su cabeza, sus piernas y su cuerpo.

La ola gigantesca regresó mar adentro, llevándolo consigo.

El caballo de arena sentía que las olas lo levantaban y lo mantenían a flote. Estaba en medio de los caballos blancos.

Entonces, relinchó y sacudió las crines.

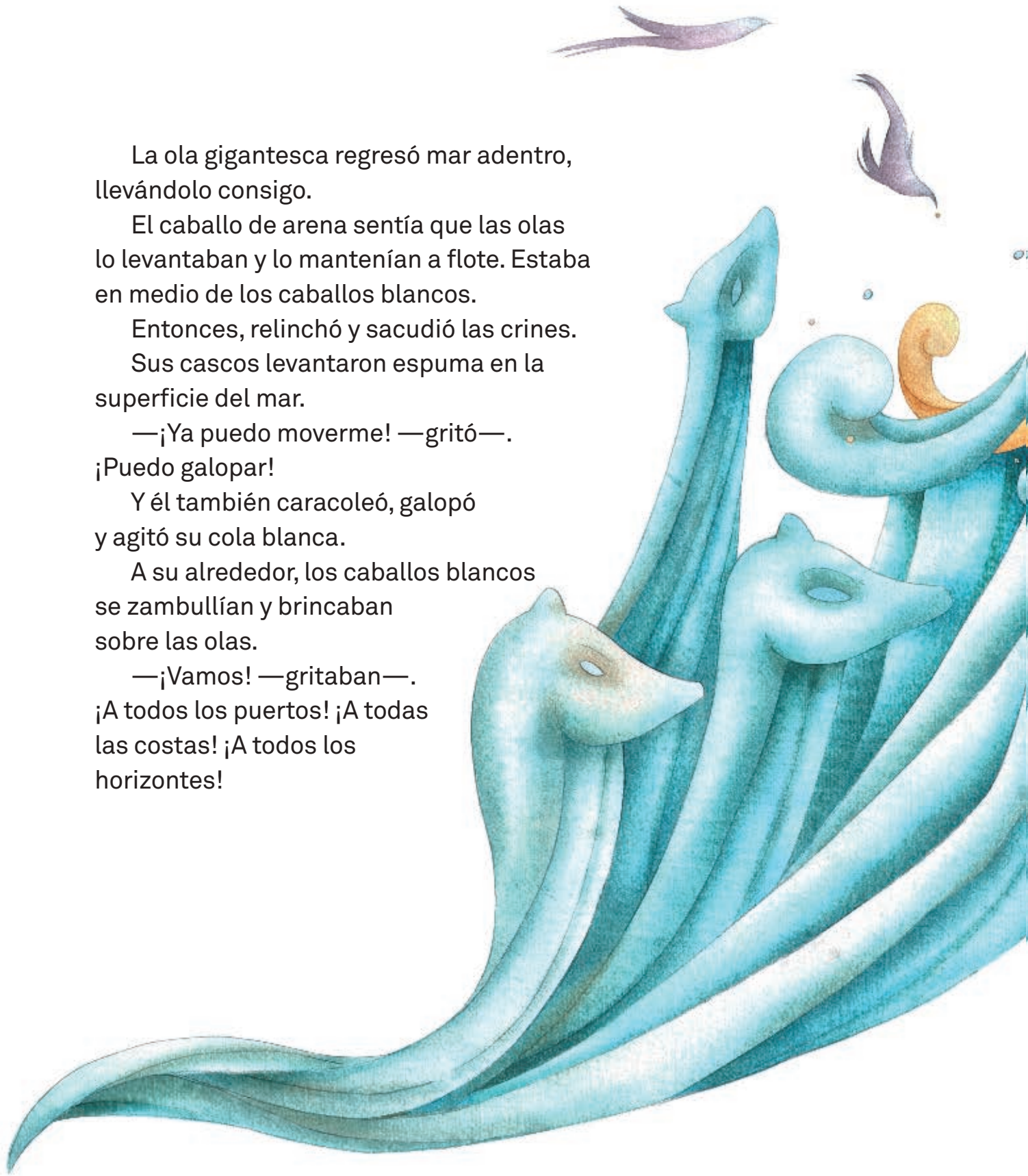
Sus cascos levantaron espuma en la superficie del mar.

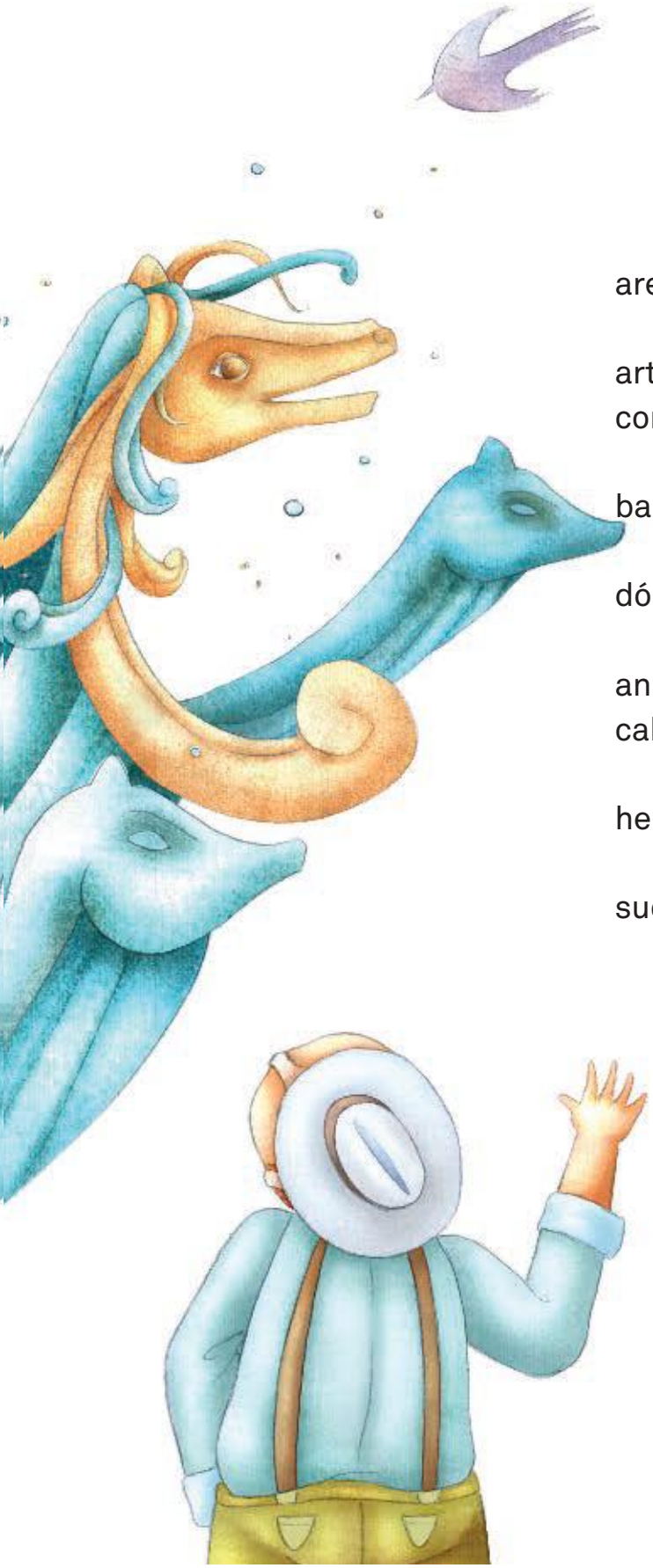
—¡Ya puedo moverme! —gritó—. ¡Puedo galopar!

Y él también caracoleó, galopó y agitó su cola blanca.

A su alrededor, los caballos blancos se zambullían y brincaban sobre las olas.

—¡Vamos! —gritaban—. ¡A todos los puertos! ¡A todas las costas! ¡A todos los horizontes!





Se alejaron al galope, y el caballo de arena fue con ellos.

A la mañana siguiente, cuando el artista bajó a la playa, se encontró con un grupo de gente que comentaba:

—¡Qué lástima! Todo ese trabajo barrido por el mar...

Pero el artista sonreía. Él sabía a dónde había ido su caballo de arena.

Al escultor le gustaba modelar animales de arena. En especial caballos.

Por eso creó un caballo de arena, tan hermoso y perfecto que parecía vivo.

Tanto, que algo muy especial podía sucederle...

Lee otro cuento donde algo muy especial puede suceder en *El tesoro*, de tu Biblioteca de Aula.

Francisca y la muerte

Texto: Onelio Jorge Cardoso
Ilustración: Caldo de Pollo

—Santos y buenos días —dijo la muerte, y ninguno de los presentes la pudo reconocer. ¡Claro!, venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla en el bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, un hombre señaló con su dedo rudo de labrador:

—Allá por los matorrales que bate el viento, ¿ve?, hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

“Cumplida está” pensó la muerte y, dando gracias, echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana. Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca.

“Menos mal, poco trabajo; un solo caso”, se dijo satisfecha de no fatigarse la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los retoños de las ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla. Verde era todo, desde el suelo al aire y un olor a vida subiendo de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nidos, ni tanta abeja con su flor. Pero, ¿qué hacerse?, estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así pues, echó y echó a andar la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca:

—Por favor, con Panchita —dijo adulona la muerte.

—Abuela salió temprano —contestó una nieta de oro, un poco temerosa aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano en el bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa? —preguntó.

—¡Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

—Aquí quien viene tiene su casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer.

"¡Chin!", pensó la muerte, "se me irá el tren de las cinco. No; mejor voy a buscarla". Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, de fijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

—¿Y dónde está el maizal? —preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo secamente la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió:

"¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!" Escupió y continuó su sendero sin tino. Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

—Señor, ¿pudiera usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante—, media hora lleva en casa de los Noriegas. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además, ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriegas:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

—¡Pero, cómo! ¿Así tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron—. Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿De qué extrañarse?

—Bueno... verá —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace la sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la impía.

—A ver, dígalas —esperó la madre.

Y la muerte dijo:

—Pues... con arrugas; desde luego ya son sesenta años...

—¿Y qué más?

—Verá... el pelo blanco... casi ningún diente propio... la nariz, digamos...

—¿Digamos qué?

—Filosa.

—¿Eso es todo?

—Bueno... además de nombre y dos apellidos.

—Pero usted no ha hablado de sus ojos.

—Bien; nublados... sí, nublados han de ser... ahumados por los años.

—No, no la conoce —dijo la mujer—. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada.

Ésa, a quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pastura para la vaca de los nietos. Mas sólo vio la muerte la pastura recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

"¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!" Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras, a dos kilómetros de allí, Francisca escardaba de malas hierbas el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le echó a su manera el saludo cariñoso:

—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas, y le devolvió el saludo alegre:

—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.

Si te gustó cómo engaña Francisca a la muerte aprovechando el tiempo, también te gustará *El misterio de la máscara de serpiente*, de tu Biblioteca Escolar.

Viko kiu ndyi [Mixteco]

Texto: Liz Cruz Cuevas
Ilustración: Gabriela Gómez Llorente

Ñuu yáá viko kiu ndyi kijza viko, ende kiu oko uxi-n yoo octubre ndi kiu yoo noviembre. Kiu tnáñuu statuun kiu oko uxi-n octubre nátuun tañinu ñuua ndikú niyi kuechi jákuká suchaa kasáá ndeyu ua tikuiti, chundee nuú chujuchi kúún koo ndeyuua tikuiti n ndoo, sta ji tikasu iin tindóó, toli nuni son, tojaa kasakute nuu chuuchi chindee nditaa, nu ita nakinde kaskayu ji núma chindee tikai nuu koú kuá de chindee sia ktu suni chindee tokai ja viki suan kuá saáña, pele, ndoó tikuaa, tikaa xentu, tikua yuá.

Día de Muertos

[Texto traducido]

En esta comunidad celebran el Día de Muertos. Empiezan a festejar desde el día 31 de octubre y terminan el 2 de noviembre. El primer día, o sea el 31 de octubre, según la costumbre, regresan los angelitos.

Para ellos preparan mole de papa. Ponen en el altar cuatro platos con mole de papa, un tenate de tortillas y totopos y un jarrito de atole de maíz. También empiezan a adornar sus altares con diferentes flores, y encienden velas, ponen carbón en el sahumerio y le agregan copal.

También ponen algunas frutas como manzanas, peras, cañas, plátanos, naranjas, limas y guayabas. Al final, ponen panes. Estas frutas, panes y flores duran los tres días.

Sa ndia chindee stáa tilá ja vixia' kuá sta jiita kanta ndii chi kiu kuu chindee uxi-n koo ndeyu, chuin ndoo sta, ja ndiko suni kiu yaa tikasuj, a' suku endee kiu nañuu uni kasa sta ñama xichogo ña ña i yiki kiu yoo tasaan i nu añu ñakachi iuuni yindi' kutajan ji xindu yo ita eñu, ta yukate lanu yoo, vee kakanaole ndaka ntása-i kajaja ija vi xiji ndeyo ji nkachu stenu chiju chi ñume sukakua jinu viko kiu ndyi.

El segundo día ponen doce platos de mole de pollo, un tenate de tortillas preparadas el mismo día y los totopos que ya estaban. El tercer día hacen tamales, cuecen chayotes y calabazas, y ese mismo día van al panteón a limpiar donde están enterrados los difuntos de sus familias. Después dejan flores y coronas, de allí regresan a sus casas e invitan a sus familiares para darles fruta y comida de los altares y encienden velas. De esa manera termina la celebración del Día de Muertos.

Busca más información sobre la vida, las celebraciones y las costumbres de los niños en las comunidades del país en *Niños de México: un viaje*, de tu Biblioteca Escolar; *Las comunidades*, en <http://bit.ly/1smuGXz>.

El comal y la olla

Texto: Francisco Gabilondo Soler
Ilustración: Caldo de Pollo

El comal le dijo a la olla:
—Oye olla, oye oye,
si te has creído que yo soy recargadera
¡búscate otro que te apoye!
Y la olla se volvió hacia el primero:
—¡Peladote! ¡Majadero!
Es que estoy en el hervor de los frijoles
y ni ánimas que deje para *asté* todo el brasero.

El comal a la olla le dijo:
—¡Cuando cruja no *arrempuje*!
¡Con sus tiznes me ha estropeado ya de fijo
la elegancia que yo truje!
Y la olla por poquito se desmaya:
—¡Presumido! ¡Vaya, vaya!
¡Lo trajeron de la plaza percudido
y ni ánimas que diga que es galán de la pantalla!

El comal le dijo a la olla:
—¡No se arrime! ¡Fuchi, fuchi!
Se lo he dicho a mañana, tarde y noche
y no hay modo que me escuche.
Mas la otra replicó metiendo bulla:
—¡Ay rascuache! ¡No me *juya*!
¡Si lo agarro lo convierto en tepalcates
y ni ánimas que grite pa' que venga la patrulla!

El comal miró a su pareja:
—¿Qué *dijites*? ¡Ya estás vieja!
¡Si no puedes con la sopa de quelites,
mucho menos con lentejas!

Y la olla contestó como las bravas:
—¡Mire, joven, puras habas!
¡Hace un siglo que te hizo el alfarero
y ni ánimas que ocultes los cien años
que te tragas!

Conoce más canciones del autor de "El comal y la olla" en *Canciones completas de Francisco Gabilondo Soler Cri Crí*, de tu Biblioteca Escolar.

El traje del Rey

Texto: Mireya Cueto Velázquez
Ilustración: Esmeralda Ríos

Rey: Al despertar, abro un ojo
para ver al sol salir,
y llamo a mi mayordomo,
el que me ayuda a vestir.

Mayordomo: ¿Qué desea, su majestad?

Rey: ¡Mi traje, mi traje nuevo!

Mayordomo: En el ropero no está.
Voy a buscarlo. ¡Ya vuelvo!

Relator: Vuela el pobre mayordomo,
en busca del sastre sale,
sin poder entender cómo
no pudo acabar el traje.

MAYORDOMO: ¡Abre la puerta, te digo,
el traje vengo a buscar!

SASTRE: El tejedor nunca vino.
¿Qué tela podía cortar?

MAYORDOMO: Óyeme bien, tejedor,
dame la tela del traje,
cuanto más pronto, mejor,
para que la cosa el sastre.

TEJEDOR: Mi telar está parado;
no puedo tejer la nada.
La hilandera no ha llegado
con su canasto de lana.

MAYORDOMO: Voy corriendo, voy que vuelo
a casa de la hilandera.
Dame la lana, te ruego,
hilanderita sé buena,
y trabaje el tejedor.

HILANDERA: No puedo hilar en mi rueca;
¡tiene la culpa el pastor!

MAYORDOMO: Ve a buscarlo al campo y ¡vuela!
Yo aquí mismo me desmayo...

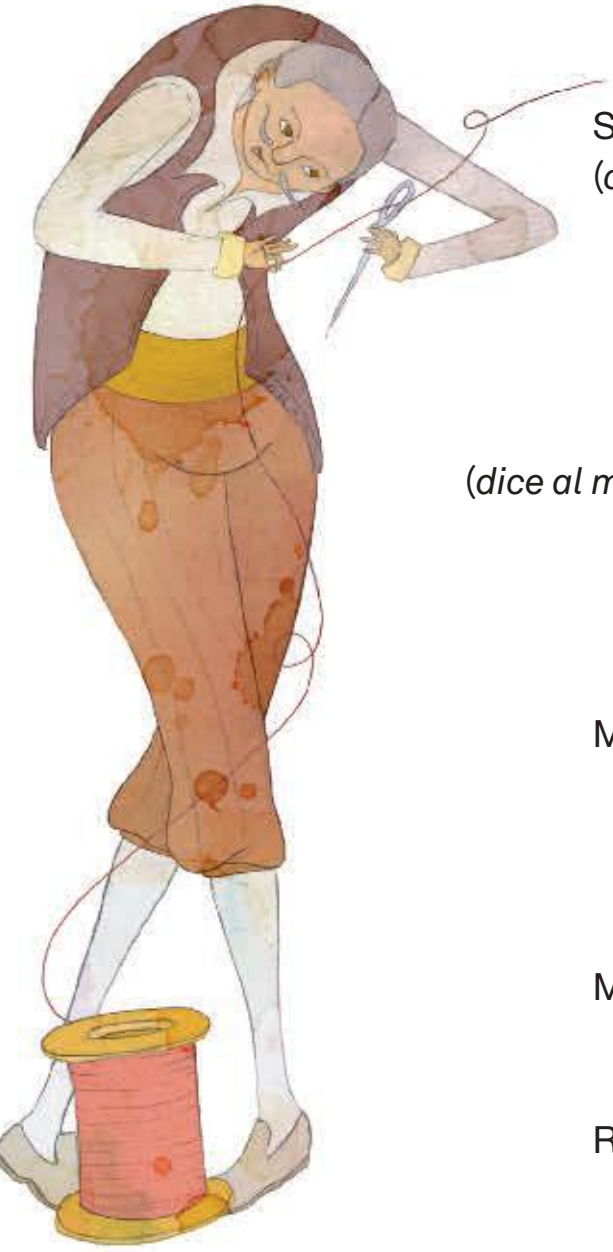
HILANDERA: ¡Qué feliz y qué contento
tocando la flauta te hallo!
¡La lana quiero al momento!

PASTOR: Trasquilaré las ovejas
en menos que canta un gallo,
y ya no quiero más quejas
en lo que falta del año.

HILANDERA: Dio su lana el borreguito.
Haga cada quien su parte,
en este traje tan lindo,
con su saber y con su arte.

HILANDERA: (*canta*)
A la vuelta y vuelta,
índice y pulgar,
a la rueda, rueda,
la lana han de hilar.
En el malacate
que gira y que gira,
se enreda al instante
la hebra torcida.

TEJEDOR: (*canta*)
Tris, tres, tras,
trabaja el telar.
Tris, piso el pedal,
tres, paso la hebra
con mi lanzadera.



Tras, tres, tris,
no hay más que pedir:
bajar y subir.
Con hebras de lana
se teje la trama.

SASTRE:
(*canta*)

Medir, medir y medir
a lo ancho y a lo largo.
Cortar, cortar y cortar
con muchísimo cuidado.
Coser, coser y coser
derechito y no de lado.

(*dice al mayordomo*):

Vuelve ya de tu desmayo,
no te vayas a morir.
Toma el traje terminado
y al rey vete a vestir.

MAYORDOMO:

¡Bien al fin todo ha salido!
Sólo una cosa quisiera:
encontrar al rey dormido
y no transformado en fiera.

MAYORDOMO:

Despierte, su majestad,
y mire su lindo traje.

REY:

¡No es posible, no es verdad
que tan pronto se trabaje!
Está realmente precioso.
Dime, ahora, ¿quién lo hizo?

MAYORDOMO: Muchas manos, si es curioso.

REY: Llama a todos, te lo pido.

MAYORDOMO: ¡Venga el sastre, gran señor
de la aguja y las tijeras!
Llegue luego el tejedor
que sabe de lanzaderas.

REY: Es la reina de la rueca
nuestra hilandera, señores.
Y el de la flauta que llega,
el mejor de los pastores.

TODOS CANTAN: Ésta es la fiesta, la fiesta
de los buenos artesanos.
Enseñamos al que quiera
porque juntos trabajamos.

Aprende a construir un escenario, elaborar vestuario, improvisar y todo lo necesario para montar tus propias obras en *¿Jugamos al teatro?*, de tu Biblioteca Escolar.

Trabalenguas

Texto: Anónimo
Ilustración: Esmeralda Ríos

Me han dicho
que has dicho
un dicho.

Un dicho
que he dicho yo.

Y ese dicho
que te han dicho
que yo he dicho
no lo he dicho:
mas si yo lo hubiera dicho,
estaría muy bien dicho
por haberlo dicho yo.

Busca en tu Biblioteca Escolar *Palabrerías: retahílas, trabalenguas, colmos y otros juegos de palabras*, para que sigas divirtiéndote con el lenguaje.

Altazor [Fragmento]

Texto: Vicente Huidobro
Ilustración: Esmeralda Ríos

No hay tiempo que perder
Ya viene la golondrina monotémpora
Trae un acento antípoda de lejanías
que se acercan

Viene gondoleando la golondrina

Al horitaña de la montazonte
La violondrina y el goloncelo
Descolgada esta mañana de la lunala
Se acerca a todo galope
Ya viene la golondrina
Ya viene la golonfina
Ya viene la golontrina
Ya viene la goloncima
Viene la golonchina
Viene la golonclima
Ya viene la golonrima
Ya viene la golonrisa
La golonniña
La golongira
La golonlira
La golonbrisa
La golonchilla

Ya viene la golondía
Y la noche encoge sus uñas como el leopardo
Ya viene la golontrina
Que tiene un nido en cada uno de los dos calores
Como yo lo tengo en los cuatro horizontes
Viene la golonrisa
Y las olas se levantan en la punta de los pies
Viene la golonniña
Y siente un vahído la cabeza de la montaña
Viene la golongira

* * *

Pero el cielo prefiere el rodoñol
Su niño querido el rorreñol
Su flor de alegría el romiñol
Su piel de lágrima el rofañol
Su garganta nocturna el rosolñol
El rolañol
El rosiñol

Encuentra más música en las palabras del poema *Sonatina*, de otro gran autor latinoamericano, Rubén Darío, en tu Biblioteca Escolar.

La hora

TEXTO: Javier Sologuren
ILUSTRACIÓN: Esmeralda Ríos

Y si la flor es el rocío del alba
y si el alba es la flor del rocío
y si el rocío es la flor del alba
y si la flor es el alba del rocío.

Si te gustó imaginar lo que dice este poema, también te gustará que los versos te cuenten una historia, como en *Margarita*, de tu Biblioteca Escolar.

30 refranes mexicanos para toda ocasión

Texto: Anónimo
Ilustración: Caldo de Pollo

1. ¡A darle que es mole de olla!

2. Agua que no has de beber, déjala correr.

3. Al nopal sólo se le arriman cuando tiene tunas.

4. A ver a un velorio y a divertirse a un fandango.

5. Botellita de jerez, todo lo que me digas será al revés.

6. Cuesta más caro el caldo que las albóndigas.

7. Chocolate que no tiñe, claro está.

8. Dando y dando, pajarito volando.

9. Dar el alón y comerse la pechuga.

10. Echarle mucha crema a sus tacos.

11. El flojo y el mezquino, recorren dos veces el camino.

12. El que con lobos anda, a aullar se enseña.

13. El que es perico, donde quiera es verde.

14. El que nace *pa'* tamal, del cielo le caen las hojas.

15. Gorgojo, más chico que un piojo; así de chiquito produce enojo.

16. Jarrito nuevo,
¿dónde te pondré?

17. Matar pulgas
a balazos.

18. Nada sabe su
violín y todos los
sones toca.

19. Ni tanto que queme al santo,
ni tanto que no lo alumbre.

20. No todo el que
trae levita es persona
principal.

21. Para uno que
madruga, hay otro
que no se duerme.

22. Se hace pesado el
difunto cuando siente
que lo cargan.

23. Dime de qué presumes y te
diré de qué careces.

24. Si quieres conocer a Inés,
vive con ella un mes.

25. Árbol que nace torcido, jamás su tronco endereza.

26. El hombre pone, Dios dispone, llega el diablo y todo lo descompone.

27. El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

28. Crea fama y échate a dormir.

29. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

30. Al buen entendedor, pocas palabras.

¿Pudiste entender todos los refranes? Continúa disfrutando del ingenio y la sabiduría de los dichos populares en *Lotería fotográfica mexicana: cantada con refranes y coplas de la lírica popular*, de tu Biblioteca Escolar.

Perejil

Texto: Mariano Brull
Ilustración: Esmeralda Ríos

El perejil periligero
salta —sin moverse— bajo su sombrero,
por la sombra verde, verdeverderil:
Doble perejil,
Va de pe en pe,
Va de re en re
—y para y repasa
y posa y reposa—
va de verde voy
hasta verde soy,
va —de yo me sé
que verde seré
va de perejil
hasta verdejil.

Filiflama

Texto: Mariano Brull
Ilustración: Esmeralda Ríos

Filiflama alabe cundre
ala olalúnea alífera
alveola jitanjáfora
liris salumba salífera.

Olivia oleo olorife
alalai cánfora sandra
milingítara jiróforа
zumbra ulalindre calandra.

Busca otras formas de combinar e inventar palabras en *Urí, urí, urá. Palabras para jugar*, de tu Biblioteca Escolar.

Tza’ misstu ü [Zoque]

- Texto: Isabel González Ramírez
  (12 años, ejido Las Brujas, Las Choapas, Veracruz)
- Ilustración: Caldo de Pollo

Tza’ misstu ü
tyre’ tyre’
ñumakabü’is
y u’y’ji issi.

[Maba’shi]

¿Qué es, qué es? [Texto traducido]

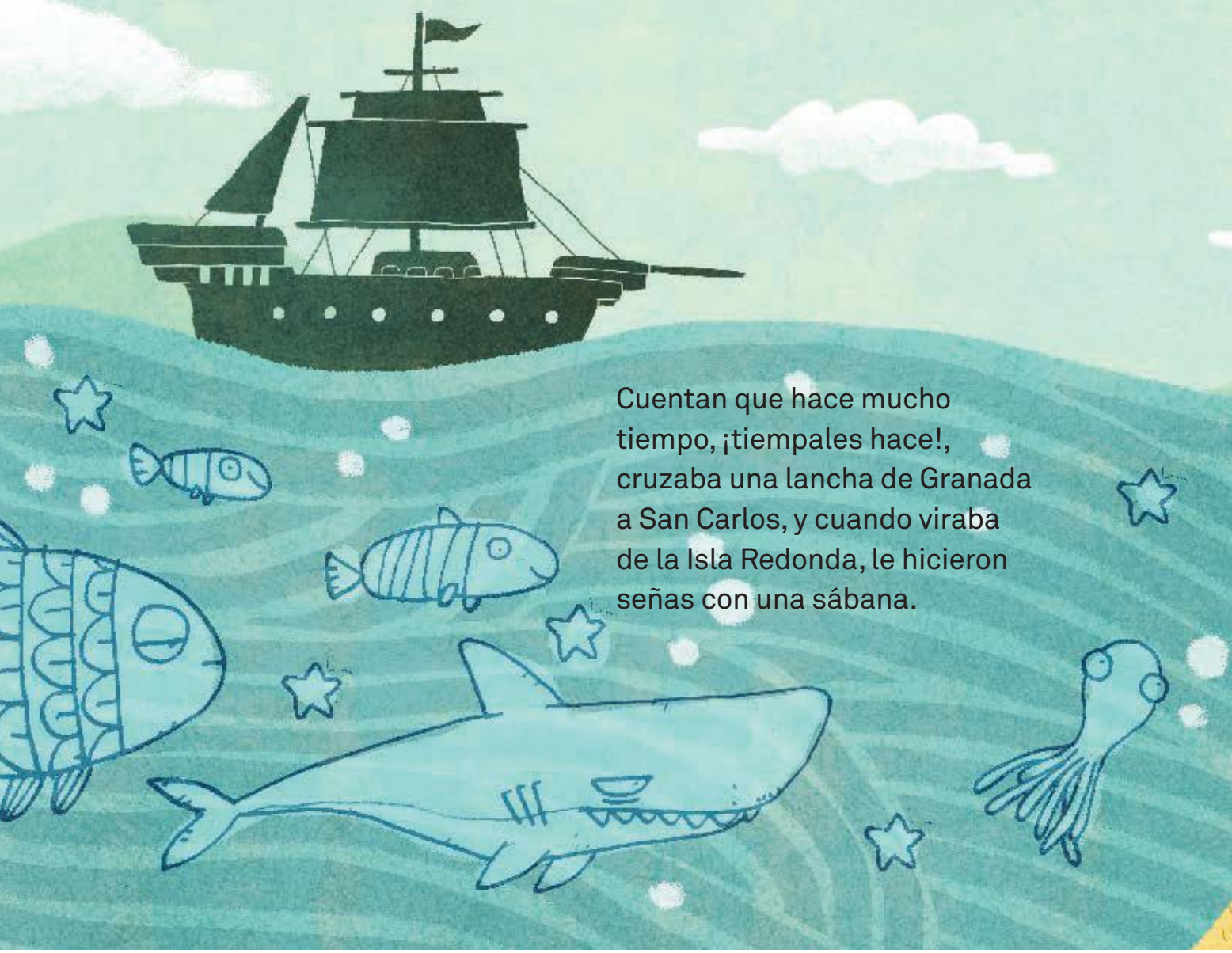
¿Qué es, qué es
que te lleva y no lo ves?

[El sueño]

Encuentra más adivinanzas en lengua indígena en *Adivinanzas nahuas de hoy y siempre*, de tu Biblioteca de Aula.

El barco negro

Texto: Versión de Pablo Antonio Cuadra
Ilustración: Caldo de Pollo



Cuentan que hace mucho tiempo, ¡tiempales hace!, cruzaba una lancha de Granada a San Carlos, y cuando viraba de la Isla Redonda, le hicieron señas con una sábana.

Cuando los de la lancha bajaron a tierra sólo ayes oyeron. Las dos familias que vivían en la isla, desde los viejos hasta las criaturas, se estaban muriendo envenenadas. Se habían comido una res muerta picada de toboba.

—¡Llévennos a Granada! —les dijeron. Y el capitán preguntó:

—¿Quién paga el viaje?

—No tenemos centavos —dijeron los envenenados—, pero pagamos con leña, pagamos con plátanos.

—¿Quién corta la leña? ¿Quién corta los plátanos? —dijeron los marineros.

—Llevo un viaje de chanchos a Los Chiles y si me entretengo se me mueren sofocados —dijo el capitán.

—Pero nosotros somos gente —dijeron los moribundos.

—También nosotros —contestaron los lancheros—. Con esto nos ganamos la vida.

—¡Por diosito! —gritó entonces el más viejo de la isla—. ¿No ven que si nos dejan nos dan la muerte?

—Tenemos compromiso —dijo el capitán. Y se volvió con los marineros y ni porque estaban retorciéndose tuvieron lástima. Ahí los dejaron. Pero la abuela se levantó del tapesco y, a como le dio la voz, les echó la maldición:

—¡A como se les cerró el corazón, se les cierre el lago!

La lancha se fue. Cogió altura buscando San Carlos y desde entonces perdió tierra. Eso cuentan. Ya no vieron nunca tierra. Ni los cerros ven, ni las estrellas. Tienen años, dicen que tienen siglos de andar perdidos. Ya el barco está negro, ya tiene las velas podridas y las jarcias rotas. Mucha gente del lago los ha visto.

Se topan en las aguas altas con el barco negro, y los marinos barbudos y andrajosos les gritan:

—¿Dónde queda San Jorge?

—¿Dónde queda Granada?

...Pero el viento se los lleva y no ven tierra. Están malditos.

Conoce otro relato misterioso sobre lo que le ocurrió a un niño como tú en *Las sombras de la escalera*, de tu Biblioteca Escolar.

De cómo se instaló la gata dentro de la choza

Texto: Nelson Mandela
Ilustración: Esmeralda Ríos

Mientras toda una serie de cuentos explican cómo se domesticó a los perros, en este cuento shona de Zimbabue, narrado originalmente al musicólogo y folclorista Hugh Tracey en lengua karanga, se da cuenta de cómo los gatos se convirtieron en mimados habitantes de los hogares humanos.

Había una vez una gata, una gata salvaje, que vivía sola en el matorral. Cuando al cabo del tiempo se cansó de su soledad, tomó por esposo a otro gato salvaje que, a sus ojos, era la criatura más espléndida de la selva.

Paseaban juntos un día por un sendero entre la hierba alta, cuando, zas, de la pradera salió de un brinco el Leopardo y pegó un revolcón al marido de la Gata, que quedó despanzurrado en el suelo.

—¡Vaya! —dijo la Gata—. Mi marido ha mordido el polvo; ahora comprendo que la criatura más espléndida de la selva no es él, sino el Leopardo —y la Gata se fue a vivir con el Leopardo.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando cazaban en el matorral, de pronto, catapún, de entre las sombras saltó el León, aterrizó en el lomo del Leopardo y se lo zampó.

—¡Vaya! —dijo la Gata—. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Leopardo, sino el León.

Y la Gata se marchó a vivir con el León.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando acechaban a sus presas en el bosque, una figura enorme se cernió sobre ellos y fu-chu, el Elefante plantó su pata sobre el León y lo dejó planchado.

—¡Vaya! —dijo la Gata—. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el León, sino el Elefante.

Así pues, la Gata se fue a vivir con el Elefante. Trepaba a su lomo y se acomodaba ronroneando en su cuello, justo entre las orejas.

Vivieron juntos muy felices hasta que un día, cuando paseaban entre las altas cañas de la margen del río, ¡pa-wa!, se oyó una fuerte detonación y el Elefante se desplomó en la tierra.

Al mirar a su alrededor, la Gata sólo alcanzó a ver a un hombrecillo con una escopeta.

—¡Vaya! —dijo la Gata—. Ahora veo que la criatura más espléndida de la selva no es el Elefante, sino el Hombre.

Y así, la Gata echó a andar detrás del Hombre y, al llegar a su casa, se encaramó de un salto al techo de paja de la choza.

—Por fin he encontrado a la criatura más espléndida de toda la selva.

Vivió felizmente en el techado de la choza y comenzó a atrapar a los ratones y las ratas de la aldea. Hasta que un día, mientras se calentaba al sol sobre la choza, oyó ruidos procedentes del interior. Las voces del Hombre y de su esposa fueron subiendo de volumen poco a poco hasta que ¡wara-wara-wara... yo-ui!, por la puerta salió despedido el Hombre y aterrizó en el polvo.

—Conque sí, ¿eh? —dijo la Gata—. Ahora sé quién es de verdad la criatura más espléndida de la selva: la Mujer.

La Gata descendió del techo de paja, entró en la choza y se arrellanó junto al fuego.

Y allí ha seguido instalada desde entonces.

¿Quieres conocer más historias que se cuentan en diferentes partes del mundo? Busca en tu Biblioteca Escolar *Cuentos valiosos de todos los rincones del mundo* y *Bichos de África 1. Leyendas y fábulas*.

El Ahuízotl

Texto: Fray Bernardino de Sahagún, adaptación de Felipe Garrido
Ilustración: Esmeralda Ríos

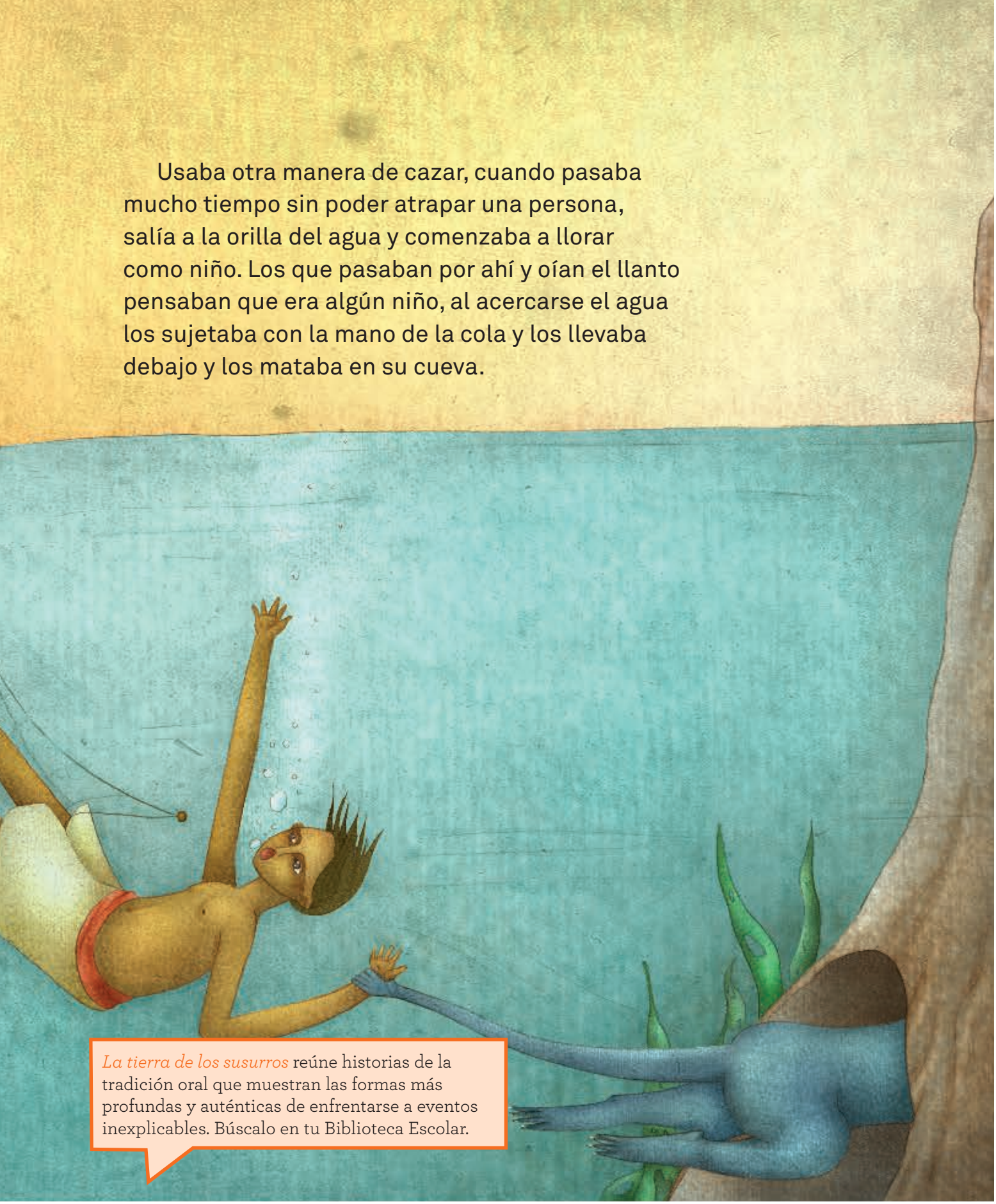
Hay un animal en esta tierra que vive en el agua, nunca oído, el cual se llama ahuízotl. Es del tamaño de un perro pequeño. Tiene el pelo muy suave y corto. Tiene las orejitas pequeñas y puntiagudas. Tiene el cuerpo negro muy liso. Tiene la cola larga, y en el cabo de la cola una mano, como mano de persona. Tiene pies y manos, las manos y pies como de mono.

Habita este animal en los profundos manantiales de las aguas; si alguna persona llega a la orilla donde él habita, lo jala con la mano de la cola y lo mete debajo del agua y lo lleva a lo profundo. Luego enturbia el agua, la hace hervir y levantar olas; parece que hay una tempestad en el agua. Las olas quiebran en las orillas y hacen espuma. Luego salen muchos peces y ranas de lo profundo del agua y andan sobre ésta, haciendo gran alboroto.

Decían que quien así moría era por una de dos causas: o porque era muy bueno, y por su bondad los dioses tlaloques le querían llevar a su compañía al paraíso terrenal, o porque por fortuna tenía algunas piedras preciosas en su poder, de esto último estaban enojados los dioses tlaloques, porque no querían que los hombres poseyesen piedras preciosas, y por esta causa le mataban, aunque también lo llevaban al paraíso terrenal.

Decían que este animal tenía otra manera de cazar hombres. Cuando hacía ya mucho tiempo que no había cazado ninguno, juntaba muchos peces y ranas, que saltaban y andaban sobre el agua. Los pescadores, por la codicia de pescarlos, echaban allí sus redes. Entonces cazaba a alguno, lo ahogaba y llevaba a su cueva.

Usaba otra manera de cazar, cuando pasaba mucho tiempo sin poder atrapar una persona, salía a la orilla del agua y comenzaba a llorar como niño. Los que pasaban por ahí y oían el llanto pensaban que era algún niño, al acercarse el agua los sujetaba con la mano de la cola y los llevaba debajo y los mataba en su cueva.



La tierra de los susurros reúne historias de la tradición oral que muestran las formas más profundas y auténticas de enfrentarse a eventos inexplicables. Búscalo en tu Biblioteca Escolar.

Bibliografía

1. Furnari, Eva, "El sombrero", "El pajarraco", en *La Brujita atarantada*, México, SEP/Conafe, 1992 (Libros del Rincón), pp. 2-3 y 10-11.
2. Tablada, José Juan, "Un pájaro", en *Cuántos cuentos cuentan*, México, Conafe, 2006 (Serie: Literatura Infantil), p. 69.
3. Granados, Antonio, "El caracol", en *Kikiri miau*, México, SEP, 1999 (Libros del Rincón), p. 14.
4. Guillén, Nicolás, "El pajarillo", en *Preguntitas* (selección de María Sánchez), México, SEP/Conafe, 1992 (Libros del Rincón), p. 28.
5. "*En fabulosa travesía*", adaptación de la infografía instalada en el Centro de Interpretación Estuario del río Gallegos, Santa Cruz, Patagonia, Argentina: Asociación Ambiente Sur y Fundación Naturaleza para el Futuro, en <http://www.infografo-infografista.com/infografia_aves_migratorias.html> (consulta: 13 de mayo de 2014).
6. *El colibrí*, en <http://bit.ly/1mlyUBl> (consulta: 27 de abril de 2014).
7. "La xkokolché", en *Leyendas mayas* (adapt. de Gloria Morales Veyra), México, SEP/Conafe, 1995 (Serie: Literatura Infantil), pp. 21-25.
8. "La creación del hombre según los mayas" (adapt. de Antonio Domínguez Hidalgo del *Popol Vuh*), en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, SEP, 2005, pp. 124-128.
9. "Leyenda de los temblores" (versión de Antonio Ramírez Granados), en *Cuántos cuentos cuentan*, México, Conafe, 2006 (Serie: Literatura Infantil), pp. 71-72.
10. Tonda, Juan, "Los temblores", en *Fenómenos naturales*, México, SEP/Editores ADN, 1997 (Libros del Rincón), pp. 13-17.
11. Martí, José, "Las ruinas indias", en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, SEP, 2005, pp. 166-169.
12. Valle Heliodoro, Rafael, "El escuintle", en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, SEP, 2005, pp. 80-81.
13. Lobel, Arnold, "Very Tall Mouse and Very Short Mouse", en *Mouse Tales* (título original), EUA, Harper Collins, 1972, pp. 24-31.
14. Charro Gil, "El piojo y la pulga" (fragmento), en *Español. Primer grado. Lecturas*, México, SEP, 2001, p. 31.
15. Ramírez Granados, Antonio, "Pregón", en *Costal de versos y cuentos*, México, Conafe, 2006 (Serie: Literatura Infantil), pp. 10-11.
16. Peña, Luis de la, "Los duendes de la tienda", en *Los duendes de la tienda/Los changuitos* (comp. Rodolfo Fonseca), México: Conafe, 1989, pp. 1-16.
17. "Cómo fue que Margarito se desenduendó" (cuento tradicional), en *Así cuentan y juegan en el Sur de Jalisco*, México, Conafe, 1988, pp. 16-17.
18. "La sopa de piedra" (fábula tradicional), en *Español. Lecturas. Tercer grado*, México, SEP, 2001, pp. 88-101.
19. Peña, Luis de la, "El armadillo y el león", en *El canto del cenzontle/El armadillo y el león*, México, Conafe, 2012, pp. 2-16.
20. "El coyote y el conejo" (versión popular de Chiconamel, Veracruz), en *Así cuentan y juegan en la Huasteca*, México, Conafe, 1998 (Serie: Literatura Infantil), pp. 18-19.
21. Vázquez Castillo, Lázaro, "Its', Luna", en *Versos, arrullos y canciones*, México, Conafe, 2012 (Hacedores de las palabras), pp. 48-49.
22. Sabines, Jaime, "Julito" (fragmento), en *Recuento de poemas 1950-1993*, México, Joaquín Mortiz, 2012.
23. Sabines, Jaime, "Allí había una niña", en *Recuento de poemas 1950-1993*, México, Joaquín Mortiz, 2012, p. 65.
24. Ugalde, Felipe, *Un brinco al cielo*, México, SEP/Conafe, 1994 (Mira un cuento).
25. Turnbull, Ann, *El caballo de arena*, México, Vicens Vives, 2006.

26. Cardoso, Onelio Jorge, "Francisca y la muerte", en *Colibrí*, México, SEP/Conafe, 1987 (Libros del Rincón), pp. 1-16.

27. Cruz Cuevas, Liz, "Viko kiu ndyi/Día de Muertos", en *Las comunidades. Fundación, historia, percances y festejos*, México, Conafe, 2012 (Hacedores de las palabras), pp. 80-81.

28. Gabilondo Soler, Francisco, "El comal y la olla", en *Cri Crí. Cuentos para cantar y canciones para leer*, México, SEP, 1999 (Libros del Rincón), pp. 18-19.

29. Cueto Velázquez, Mireya, *El traje del Rey*, España, Cultura-SEP/Océano, 1982 (Feria).

30. *Trabalenguas*, versión popular.

31. Huidobro, Vicente, "Altazor" (fragmento), en *Llamo a la luna sol y es de día*, México, SEP/Conafe, 1988 (Libros del Rincón), pp. 6-7.

32. Sologuren, Javier, "La hora", en *Llamo a la luna sol y es de día*, México, SEP/Conafe, 1988 (Libros del Rincón), p. 30.

33. "30 refranes mexicanos para toda ocasión", en *México desconocido*, en <http://bit.ly/1lI2YEr> (consulta: 13 de mayo de 2013).

34. Brull, Mariano, "Perejil", "Filiflama", en *La casa del silencio. Antología de su obra: 1916-1954*, España, Edición Cultura Hispánica, 1976.

35. González Ramírez, Isabel, "El sueño", en *Refranes, adivinanzas, acertijos, trabalenguas, juegos y chistes*, México, Conafe, 2012 (Hacedores de las palabras), pp. 44-45.

36. "El barco negro" (versión de Pablo Antonio Cuadra), en *Cuentos de espantos y aparecidos*, México, CERLALC/Coedición Latinoamericana, 2007, pp. 85-89.

37. Mandela, Nelson, "De cómo se instaló la gata dentro de la choza", en *Mis cuentos africanos*, SEP/Colofón, 2008 (Libros del Rincón), pp. 21-22.

38. Sahagún, Fray Bernardino de, "El ahuízotl" (adapt. de Felipe Garrido), en *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, CNCA/Alianza Editorial, 1989, p. 720.

Español. Libro de lectura. Tercer grado
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,
en los talleres de
con domicilio en,
en el mes de de 2015.
El tiraje fue de ejemplares.